

DIÁLOGO GLOBAL

7.2

4 ediciones al año en 17 idiomas

La dictadura de Duterte

Walden Bello

Sociología desde
Pakistán

Ayaz Qureshi,
Nida Kirmani,
Kaveri Qureshi,
Tania Saeed,
Amen Jaffer

Tributos a
Zygmunt Bauman

Peter McMyllor,
Maciej Gdula,
Peter Beilharz

La sociología
canadiense

Howard Ramos,
Rima Wilkes,
Neil McLaughlin,
Daniel Béland,
Patricia Landolt,
Cheryl Teelucksingh,
Karen Foster,
Fuyuki Kurasawa

Columnas especiales

- > Luchas de los inmigrantes en las universidades estadounidenses
- > Nuestro equipo editorial en Argentina

MAGAZINE



Asociación
Internacional
de Sociología
isa

VOLUMEN 7 / NÚMERO 2 / JUNIO 2017
www.isa-sociology.org/global-dialogue/

DG



La sociología en tiempos de reacción

Duterte, Erdogan, Orban, Putin, Le Pen, Modi, Zuma y Trump – todos parecen estar cortados por la misma tijera nacionalista, xenófoba, autoritaria. El triunfo de Trump les ha dado renovadas energías a movimientos iliberales y dictaduras de derecha. Sin duda, esta reacción política se ha ido formando durante décadas mientras las democracias liberales impulsaban una tercera ola de mercadización, con la consiguiente precariedad, exclusión y desigualdad. El giro fascista de las décadas de 1920 y 1930, un antecedente de la actualidad, surgió luego de la segunda ola de mercadización y colapsó con la Segunda Guerra Mundial. ¿Pero podemos estar tan seguros de que esta nueva vuelta reaccionaria será derrotada? ¿Cuán fuertes son las instituciones liberales de la democracia? Los primeros días de la administración Trump sugieren que ellas no carecen de resiliencia frente al aluvión de órdenes ejecutivas. El artículo de Portocarrero y Lara García señala a la universidad como una de las arenas de resistencia.

¿Y qué sucede en otros países? En este número Walden Bello describe las atrocidades del presidente filipino Duterte, cuyo ascenso al poder puede rastrearse en los fracasos de la democracia liberal luego del derrocamiento del régimen de Marcos. Estos fracasos se manifestaron en una corrupción política desvergonzada y una desigualdad creciente, agravadas por el sometimiento a la política exterior de los Estados Unidos. La respuesta política a los defectos de la democracia liberal puede ser de carácter populista, aun cuando proteja los intereses de las clases dominantes y demonice a un sector estigmatizado de la población – en este caso drogadictos y *dealers* –, tal como Erdogan demoniza a los kurdos, Trump a los inmigrantes y el fascismo alemán demonizaba a los no arios. De hecho, el relato de Bello sobre los paralelos con el fascismo alemán es muy convincente.

Pakistán es otro país no ajeno a un orden militar con apelaciones populistas que acompañan la concentración del poder económico. La sociología pakistaní es una actividad restringida, aunque crítica e innovadora. Así lo vemos en esta edición, con artículos sobre los beneficios que obtienen las corporaciones multinacionales a partir del desarrollo de infraestructuras, acerca del monitoreo de los cuerpos que realizan los países del Golfo para seleccionar los migrantes pakistaníes más productivos, y sobre cómo el ingreso femenino a la fuerza de trabajo hace poco por frenar la violencia contra las mujeres. Se publican también dos estudios de pakistaníes en el Reino Unido que analizan, respectivamente, los cambios en las relaciones maritales de inmigrantes pakistaníes y las formas en que los estudiantes musulmanes afrontan ser objeto de securidización. En conjunto, estos cinco estudios de caso despliegan una genuina sociología poscolonial de la subyugación que trasciende las fronteras nacionales.

Muy distinta es la situación de la más optimista sociología de Canadá, vinculada a cuestiones como inmigración y justicia ambiental, y mucho más conectada con el mundo de las políticas. A pesar de los comentarios despectivos del anterior Primer Ministro, Stephen Harper, los sociólogos canadienses gozan de una comparativamente amigable recepción por parte de la sociedad en general. Su desaliento tan solo refleja sus altas expectativas frente a un estado todavía social democrático.

Zygmunt Bauman, un sociólogo que captó como nadie la significación de nuestros tiempos, tristemente murió a los 91 años. Nuestros tres memorialistas describen su extraordinaria vida, informada por una poderosa visión moral conjugada con un utopismo escéptico. Su sociología inspiradora vivirá por décadas.

> **Diálogo Global** puede encontrarse en 17 idiomas en la [página web de la ISA](#)

> **Las propuestas deben ser enviadas a** burawoy@berkeley.edu



Walden Bello, académico comprometido, activista político y sociólogo global describe el nuevo régimen del presidente filipino Rodrigo Duterte.



Pakistan: Sociología transnacional y comprometida desde la Universidad de Ciencias de la Administración de Lahore.



Zygmunt Bauman: Tributos a uno de los grandes sociólogos de nuestro tiempo.



Canada: Sociología influyente y desacomplejada de todo el país.



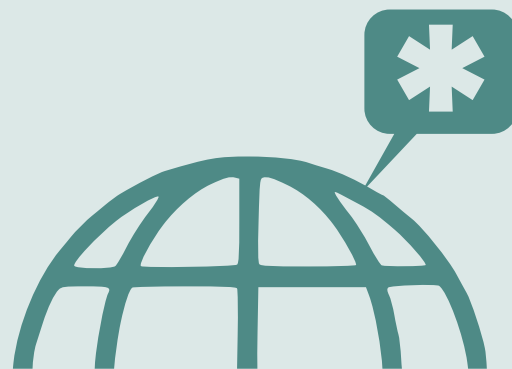
Diálogo Global se hace posible gracias a una generosa donación de **SAGE Publications**.

> Comité editorial

Editor: Michael Burawoy.	
Editora asociada: Gay Seidman.	
Editores jefe: Lola Busuttil, August Bagà.	
Editores consultores:	
Margaret Abraham, Markus Schulz, Sari Hanafi, Vineeta Sinha, Benjamín Tejerina, Rosemary Barbaret, Izabela Barlinska, Dilek Cindoğlu, Filomin Gutierrez, John Holmwood, Guillermina Jasso, Kalpana Kannabiran, Marina Kurkchiyan, Simon Mapadimeng, Abdul-mumin Sa'ad, Ayse Saktanber, Celi Scalón, Sawako Shirahase, Grazyna Skapska, Evangelia Tastsoglou, Chin-Chun Yi, Elena Zdravomyslova.	
Equipos regionales	
Mundo árabe:	
Sari Hanafi, Mounir Saidani.	
Argentina:	
Juan Ignacio Piovani, Pilar Pi Puig, Martín Urtasun.	
Bangladesh:	
Habibul Haque Khondker, Hasan Mahmud, Juwel Rana, US Rokeya Akhter, Toufica Sultana, Asif Bin Ali, Khairun Nahar, Kazi Fadia Esha, Helal Uddin, Muhaimin Chowdhury.	
Brasil:	
Gustavo Taniguti, Andreza Galli, Ângelo Martins Júnior, Lucas Amaral, Benno Alves, Julio Davies.	
India:	
Rashmi Jain, Jyoti Sidana, Pragya Sharma, Nidhi Bansal, Pankaj Bhatnagar.	
Indonesia:	
Kamanto Sunarto, Hari Nugroho, Lucia Ratih Kusumadewi, Fina Itriati, Indera Ratna Irawati Pattinasarany, Benedictus Hari Juliawan, Mohamad Shohibuddin, Dominggus Elcid Li, Antonius Ario Seto Hardjana.	
Irán:	
Reyhaneh Javadi, Niayesh Dolati, Mina Azizi, Mitra Daneshvar, Vahid Lenjanzade.	
Japón:	
Satomi Yamamoto, Miki Aoki, Masataka Eguchi, Mami Endo, Akane Higuchi, Yuka Hirano, Hikaru Honda, Yumi Ikeda, Izumi Ishida, Aina Kubota, Yuna Nagaye.	
Kazajistán:	
Aigul Zabirowa, Bayan Smagambet, Adil Rodionov, Gani Madi, Almash Tlespayeva, Kuanysh Tel.	
Polonia:	
Jakub Barszczewski, Katarzyna Dębska, Paulina Domagalska, Adrianna Drozdowska, Łukasz Dulniak, Jan Frydrych, Krzysztof Gubański, Kinga Jakiela, Justyna Kościńska, Kamil Lipiński, Mikołaj Mierzejewski, Karolina Mikołajewska-Zajac, Adam Müller, Zofia Penza, Teresa Teleżyńska, Anna Wandzel, Jacek Zych, Łukasz Żołądek.	
Rumania:	
Cosima Rughiniş, Raisa-Gabriela Zamfirescu, Costinel Anuţa, Maria-Loredana Arsene, Tatiana Cojocari, Andrei Dobre, Diana Alexandra Dumitrescu, Iulian Gabor, Rodica Liseanu, Mădălina Manea, Mihai-Bogdan Marian, Andreea Elena Moldoveanu, Rareş-Mihai Muşat, Oana-Elena Negrea, Mioara Paraschiv, Ion Daniel Popa, Diana Pruteanu Szasz, Eliza Soare, Adriana Sohodoleanu.	
Rusia:	
Elena Zdravomyslova, Anna Kadnikova, Asja Voronkova.	
Taiwán:	
Jing-Mao Ho.	
Turquía:	
Gül Çorbacioğlu, Irmak Evren.	
Consultor de medios: Gustavo Taniguti.	

> En esta edición

Editorial: La sociología en tiempos de reacción	2
La revuelta de Duterte contra la democracia liberal por Walden Bello, Filipinas	4
> SOCIOLOGÍA DESDE PAKISTÁN	
La vigilancia médica de la migración hacia el Golfo Pérsico por Ayaz Qureshi, Pakistán	8
Participación económica y violencia contra las mujeres por Nida Kirmani, Pakistán	11
Divorcio en la diáspora por Kaveri Qureshi, Pakistán	13
La islamofobia y la agenda británica de seguridad por Tania Saeed, Pakistán	15
La política de las infraestructuras por Amen Jaffer, Pakistán	18
> EN MEMORIA	
La visión moral de Zygmunt Bauman por Peter McMyllor, Reino Unido	21
Zygmunt Bauman, el utopista escéptico por Maciej Gdula, Polonia	23
Recordando a Zygmunt Bauman por Peter Beilharz, Australia	26
> SOCIOLOGÍA CANADIENSE	
La sociología en tiempos no sociológicos por Howard Ramos, Rima Wilkes y Neil McLaughlin, Canadá	28
Comprometer la sociología en la política pública por Daniel Béland, Canadá	30
Los no-ciudadanos precarios en Canadá por Patricia Landolt, Canadá	32
La sociología a través de la justicia ambiental por Cheryl Teelucksingh, Canadá	34
La sociología en un tiempo (nunca del todo) como cualquier otro por Karen Foster, Canadá	36
Involucrarse con los medios de comunicación por Fuyuki Kurasawa, Canadá	38
> COLUMNAS ESPECIALES	
Universidades de EEUU: ¿un nuevo sitio para las luchas de los inmigrantes? por Sandra Portocarrero y Francisco Lara García, Estados Unidos	40
El equipo argentino de <i>Diálogo Global</i> por Juan Ignacio Piovani, Pilar Pi Puig y Martín Urtasun, Argentina	42



> La revuelta de Duterte

contra la democracia liberal

por **Walden Bello**, Universidad Estatal de Nueva York, Binghamton, y ex miembro de la Cámara de Representantes de Filipinas

El justiciero de vieja escuela Rodrigo Duterte, alias "DU30" (pronunciado en inglés más o menos como "du-terte") o "El Castigador". Ilustración por Arbu.



4

Con la victoria de la contra-revolución nazi Joseph Goebbels pronunció una frase famosa: “el año 1789 queda por la presente borrado de la historia”. En un sentido análogo, ¿podría afirmarse que el ascenso de movimientos fascistas en Estados Unidos, Europa y el resto del mundo pretende eliminar el año 1989 de la historia?

En 1789 se proclamó la Revolución Francesa. De manera similar, para Francis Fukuyama y otros, 1989 marcó el apogeo de la democracia liberal. En lo que Fukuyama denominó “el fin de la Historia”, la derrota del comunismo en Europa y de los gobiernos autoritarios de derecha en el mundo en vías de desarrollo implicó “una victoria indiscutible del liberalismo económico y político [...] y la universalización de la democracia li-

>>

beral occidental como la forma final del gobierno humano”.

La naciente utopía de Fukuyama se vio rápidamente desafiada por movimientos antiliberales provenientes principalmente de fuerzas de inspiración religiosa, como el islamismo político en Medio Oriente, y el exclusivismo étnico en Europa del Este. Pero ninguna persona o ningún movimiento ha sido más abiertamente desdeñoso de los valores liberal-democráticos que Rodrigo Duterte, elegido presidente de Filipinas en mayo de 2016 por un movimiento electoral insurgente.

> Eliminacionismo

El programa insignia de Duterte ha sido la guerra contra las drogas, que en tan sólo nueve meses se ha cobrado casi 8.000 vidas. No se trata de una clásica campaña de ley y orden, sino de una política que se aplica con un fanatismo que roza lo ideológico y que se justifica con ideas que remiten a la pseudocientífica teoría racial nazi. Su resultado ha sido el despojo de todo un sector de la sociedad de sus derechos a la vida, al debido proceso y a la integración social. Duterte ha prácticamente declarado a los usuarios y traficantes de drogas – un grupo que, según se dice, representa tres de los 103 millones de habitantes del país – fuera de la raza humana. Apelando a una retórica exacerbada, dirigió su mensaje a las fuerzas de seguridad: “¿Crimen contra la humanidad? En primer lugar, me gustaría serles franco: ¿son humanos? ¿Cuál es su definición del ser humano?”

Duterte justifica los asesinatos perpetrados por la policía “en defensa propia” e insiste en que el uso de “shabu” – término local para el clorhidrato de metanfetamina – puede “colapsar el cerebro de una persona al punto de hacer inviable su rehabilitación”. Para él los usuarios de drogas son “muertos en vida” que no tienen “utilidad alguna para la sociedad”, y afirma además que son

“paranoicos” y peligrosos. Duterte le ha dado a la policía un cheque en blanco para matar usuarios de drogas, sin importar si se resisten a ser arrestados o no. Incluso ha señalado que otorgará el indulto inmediato a los policías que sean condenados por asesinar injustificadamente a usuarios de drogas, “para que puedan ir tras la gente que los llevó hasta la corte”.

A pesar de estas opiniones, o tal vez justamente por ellas, Duterte – que prometió durante su campaña “engordar los peces” de la bahía de Manila con los cuerpos de miles de criminales – continúa siendo inmensamente popular, con índices de aceptación que rondan el 83 por ciento y el apoyo de fanáticos en las redes sociales que lanzan ataques cibernéticos a todo aquel que quiera criticar las ejecuciones extrajudiciales del régimen.

> Las raíces del Dutertismo

¿Cuáles son las bases del encantamiento masivo que genera Duterte? Es verdad que su definición de los usuarios de drogas como plaga de la sociedad tiene amplia aceptación. Pero existen causas más profundas. Su apoyo social refleja un fuerte desencanto con el régimen liberal democrático que siguió al derrocamiento de Ferdinand Marcos, en febrero de 1986, por parte de la Revolución EDSA. En efecto, el fracaso de la “República EDSA” – cuyo nombre remite a la autopista de Manila por la que se movilizaron las masivas protestas que derrocaron a la dictadura de Marcos – fue condición para el éxito de Duterte.

El camino de Duterte fue allanado por una combinación fatal: un sistema electoral controlado por las élites, una persistente concentración de la riqueza, políticas económicas neoliberales y la insistencia de Washington en el pago de la deuda externa. Para las elecciones del 2016 ya se había abierto una enorme brecha entre las promesas de la

República EDSA – empoderamiento popular y distribución de la riqueza – y la realidad filipina: altos niveles de pobreza, inequidad escandalosa y corrupción generalizada. Si a esto se suma la amplia percepción de ineptitud para gobernar durante la presidencia de Benigno Aquino III, no sorprende que más de 16 millones de votantes, aproximadamente el 40 por ciento del electorado, viera al enfoque duro y autoritario que Duterte había cultivado en sus más de 30 años como alcalde de la ciudad de Davao en la frontera sur, como lo que el país necesitaba. Tal como dijo el novelista Anthony Doerr sobre los alemanes antes de la guerra, los filipinos estaban “desesperados por alguien que ponga las cosas en su lugar”.

Además, el discurso de la República EDSA – democracia, derechos humanos e imperio de la ley – pasó a percibirse como una sofocante camisa de fuerza para muchos filipinos agobiados por la sensación de impotencia. Por su parte, el discurso de Duterte – una mezcla de abiertas amenazas de muerte y de lenguaje grosero y exaltado, combinado con el desdén hacia una élite a la que llamó “coños” – resultó ser una fórmula estimulante para su público, que se sintió liberado de la asfixiante hipocresía.

> Un fascista atípico

La campaña de exterminio, la movilización de una base multclasista y la concentración de poder propiciadas por Duterte ha devastado la división de poderes filipina, basada en el modelo estadounidense. Estos rasgos de su régimen permiten calificarlo como fascista – pero de un tipo inusual. En el fascismo convencional la toma del poder comienza con la violación de las libertades civiles, avanza hacia el control absoluto del poder y luego hacia la represión indiscriminada. Duterte revierte esta secuencia: primero ordena matanzas indiscriminadas, concentra los ataques a libertades civiles y se lanza en pos del poder absoluto, antes

de desplegar operaciones de limpieza de la arena política sin enfrentar una oposición significativa. Se trata de un fascismo *blitzkrieg*.

Otro aspecto distintivo del enfoque de Duterte ha sido su invitación a políticos de la izquierda tradicional a integrar su gobierno, una coalición que habría sido inimaginable en los regímenes fascistas clásicos. En lugar de tratar a la izquierda como su enemigo implacable, Duterte confía en poder controlarla. El Partido Comunista y el Frente Democrático Nacional, por su parte, solo han mostrado satisfacción por participar en el gobierno, esperando revertir años de declive de su influencia.

A pesar de su inexperiencia en política exterior, Duterte ha demostrado una comprensión intuitiva de las dinámicas del nacionalismo filipino. Acciones como llamar “hijo de puta” a Obama – luego de que el entonces presidente de Estados Unidos criticara sus ejecuciones extrajudiciales y su apertura hacia China – parecían políticamente riesgosas, teniendo en cuenta el profundo sentimiento pro estadounidense arraigado en las Filipinas. Sorpresivamente, sin embargo, estas jugadas han despertado muy pocas protestas y, por el contrario, han tenido fuerte respaldo en internet. Como muchos han observado, los filipinos pueden sentir admiración por Estados Unidos y sus instituciones, pero existe también un profundo resentimiento por el sometimiento al colonialismo estadounidense, los injustos tratados que Washington ha impuesto al país y el aplastante impacto del “estilo de vida americano” en la cultura local. No hace falta recurrir a la compleja dialéctica hegeliana del amo y el esclavo para comprender que la “lucha por el reconocimiento” ha sido el trasfondo de la relación entre Filipinas y Estados Unidos. A diferencia de la izquierda, Duterte ha sabido aprovechar este oculto costo emocional filipino. Como muchos

de sus predecesores autoritarios en todo el mundo, Duterte ha logrado conjugar de manera efectiva nacionalismo y autoritarismo.

> **Retórica populista, sustancia fascista**

A pesar de que mucha de su retórica es populista, Duterte no recurre a las masas como pretexto de una reforma redistributiva. En su lugar, como los fascistas clásicos, busca balancear las fuerzas de clase mientras proyecta la idea de estar por encima del conflicto de clases. Durante su campaña, Duterte prometió terminar con el trabajo por contrato, frenar la industria minera y devolver a los pequeños productores de coco los impuestos recaudados injustamente por el régimen de Marcos; pero todas estas promesas han quedado en gran medida incumplidas mientras las principales élites del país se posicionaban como sus aliados. A pesar de que en el largo plazo las reformas sociales y económicas serán claves para mantener el apoyo a su régimen autoritario, la falta de progreso en esta dirección no parece incidir en la popularidad de Duterte en el corto y mediano plazo.

Por el momento, la oposición a Duterte entre las élites y las instituciones estatales es débil. Asimismo, la jerarquía católica, que con anterioridad fue una fuerte defensora de los derechos humanos, se ha mostrado indecisa a la hora de enfrentar a un líder popular. Además, la corrupción interna y una obstinada postura sobre la planificación familiar han hecho que la Iglesia pierda credibilidad. La oposición existente proviene de algunas figuras aisladas – entre ellas la senadora Leila de Lima, actualmente en prisión acusada falsamente de recibir financiamiento del narcotráfico –, de una parte de los medios y de grupos de derechos humanos como la coalición I-Defend.

> **Duterte, la sociedad filipina y la sociología**

Duterte puede ser políticamente censurable, pero su personalidad y contradicciones han despertado mucho interés entre los científicos sociales. Algunos se han interrogado sobre el cruce entre las tendencias sociohistóricas y la personalidad. Una semblanza publicada recientemente en el New York Times señala que Duterte fue fuertemente afectado por el abuso sexual perpetrado por un sacerdote jesuita en la escuela secundaria – una revelación que él mismo hizo durante la campaña electoral de 2016. Transferido luego a Los Ángeles, el cura abusador siguió atacando niños, sin que sus superiores se esforzaran por disciplinarlo o entregarlo a la justicia (a pesar de que los jesuitas se vieron finalmente forzados a pagar 16 millones de dólares de indemnización a las víctimas). Dado el daño psicológico que le fue infringido, ¿está Filipinas pagando actualmente por los crímenes de un depredador infantil?

Los sociólogos también se preguntan, en palabras del filósofo John Gray, cómo “lo que vemos como características inalterables de la vida civilizada se desvanecen en un abrir y cerrar de ojos”. Especialmente luego de la Revolución EDSA de 1986, Filipinas ha sido considerada un ejemplo de democracia liberal. Muchos argumentaron que al derrocar a Marcos los filipinos reafirmaron valores de larga data que habían internalizado durante el período colonial estadounidense: los derechos individuales, el debido proceso y la democracia. La constitución liberal democrática de la República EDSA parecía cristalizar estos valores políticos nacionales. Pero de repente, en menos de un año, una mayoría de los filipinos ha mostrado un fuerte apoyo a un hombre cuya agenda central es la ejecución extrajudicial de una cierta categoría de seres humanos; muchos han participa-

do como “verdugos voluntarios” de Duterte, tomando prestada la descripción de Daniel Goldhagen de los alemanes durante la era nazi, o al menos como sus “cómplices voluntarios”. Para algunos, ver a muchos compatriotas alentando a Duterte en su sangrienta campaña es a la vez inexplicable y trágico. Para otros vinculados a las ciencias del comportamiento, sin embargo, parece haber llegado la hora de desprenderse de los supuestos de que nuestro pueblo está conformado por seres civilizados y compasivos. En cambio, tal vez deberíamos abordar la sociedad filipina contemporánea con las mismas lentes que Goldhagen propuso para estudiar Alemania durante el período nazi:

[Este] período puede ser abordado [...] con el ojo crítico de un antro-

pólogo que desembarca en costas desconocidas, abierto a encontrar una cultura radicalmente diferente y consciente de la posibilidad de verse en la necesidad de concebir explicaciones que no se atengan a sus propias nociones de sentido común, e incluso las contradigan, para poder explicar la constitución de dicha cultura, sus patrones idiosincrásicos de conducta, sus proyectos y productos colectivos. Esto implicaría la posibilidad de que grandes cantidades de personas [...] puedan haber asesinado o estén dispuestas a matar a otros [...] por principios.

> **Un genocidio comparativo**

Mientras tanto, el recuento de cadáveres sigue creciendo. La guerra

contra las drogas de Duterte se ha cobrado más víctimas que la mayoría de las campañas genocidas en la historia reciente del sudeste asiático, solo superado por el exterminio de casi 3 millones de camboyanos en la década de 1970, perpetrado por Pol Pot, y la masacre de casi un millón de indonesios en 1965 luego de un fallido golpe contra el gobierno de Sukarno. Duterte anunció recientemente, con el siniestro humor que lo caracteriza, que limpiar el país de las drogas podría llevarse entre 20.000 y 30.000 vidas más. Habiendo aprendido a tomarlo en serio, incluso cuando parece estar bromeando, muchos observadores anticipan que esta cifra podría estar subestimada. ■

Dirigir toda la correspondencia a Walden Bello
<waldenbello@yahoo.com>

> La vigilancia médica

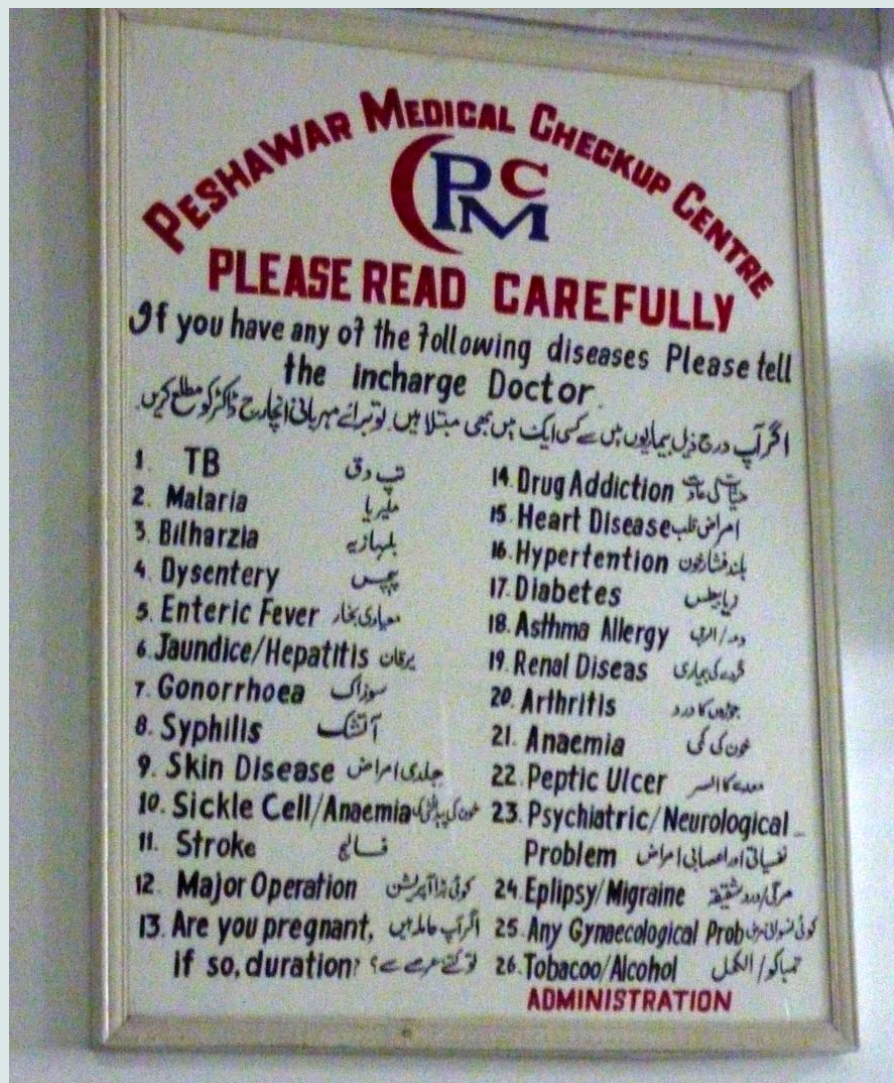
de la migración hacia el Golfo Pérsico

por **Ayaz Qureshi**, Universidad de Ciencias de la Administración de Lahore, Pakistán



Aspirantes a migrar forman fila en un centro de control médico en Peshawar. Foto por Ayaz Qureshi.

En las últimas tres décadas, mientras cada vez más países del tercer mundo envían a sus ciudadanos a trabajar en el extranjero, los pakistaníes han sido reclutados como trabajadores por el Consejo de Cooperación del Golfo (GCC, por su sigla en inglés) – Bahreín, Kuwait, Catar, Omán, Arabia Saudita y los Emiratos Árabes Unidos. Pero para obtener la visa los trabajadores migrantes están obligados a presentar certificados sanitarios que sólo pueden obtenerse en centros de control médico aprobados por el GCC. Multitudes de aspi-



En Peshawar, un póster detalla las enfermedades a declarar en un centro de control médico para aspirantes a migrar.
Foto por Ayaz Qureshi.

rantes a migrar se amontonan en estos centros de control médico localizados en unas pocas grandes ciudades, en los que se monitorean y testean deformidades o enfermedades. Solo son seleccionados aquellos cuerpos que no tienen rastros de enfermedades o infecciones, pasadas o actuales, y que no presentan signos de debilidad física.

Los estados del GCC no tienen escrúpulos en solicitar a los países remitentes que examinen cuidadosamente a los cientos y miles de aspirantes a migrar y en seleccionar solo a los mejores cuerpos. Países como Pakistán, que compiten por las remesas del Golfo con sus vecinos India, Bangladesh y Sri Lanka, y gigantes regionales como Malasia, no se atreven siquiera a objetar. Si bien el gobierno de Pakistán aprecia a los trabajadores migrantes como activos económicos valiosos por las remesas que envían – describiéndolos como embajadores informales que cargan la responsabilidad moral de mantenerse fieles a su identidad musulmana y pakistaní – los ciudadanos pakistaníes en el GCC reciben poco apoyo significativo de parte de las misiones diplomáticas de su país, más preocupadas por aumentar la cuota de visas para Pakistán.

En estos centros abundan las historias de irregularidades y de mala praxis en los procesos de chequeo. La mayo-

ría de estas historias muestran la explotación que sufren los aspirantes a migrar, su frustración con los resultados de los exámenes, a menudo erróneos a la luz de lo que constatan otros laboratorios privados o gubernamentales, y el sentimiento de abandono por parte del Estado que los deja en manos de empresas que los declaran “aptos” o no para la migración.

En conjunto, los centros forman un fuerte cártel a través de Asociaciones de Centros Médicos Aprobados por el Golfo, de carácter regional o central, que protegen los intereses de cada uno de sus miembros: mantienen el monopolio en los procesos de chequeo, impiden la competencia entre miembros mediante la distribución equitativa de las cuotas, protegen al personal del centro contra posibles ataques de individuos declarados “no aptos” para migrar o contra los intentos de regulación gubernamental. Los estándares de control médico son establecidos por la secretaría del GCC en Arabia Saudita, y las condiciones de los centros – equipo de laboratorio, instalaciones y personal – también son supuestamente monitoreados por la secretaría del GCC mediante inspecciones anuales.

A diferencia de los ejemplos clásicos de control médico a migrantes en el punto de entrada, como en la Isla Ellis

>>

o la Isla de los Ángeles en los Estados Unidos, el chequeo de los trabajadores que migran al Golfo tiene lugar en Pakistán. Y si bien esta forma de control médico es menos visible que los frecuentemente criticados procesos de chequeo usados en la Isla Ellis, es igual de invasiva.

Por temor a fracasar en los procesos de chequeo, algunos aspirantes a migrar caen en las manos de estafadores que tienen (o dicen tener) conexiones con personas que trabajan en los centros de control médico. Otros que no logran obtener certificados de salud ni siquiera por estos medios informales, intentan diferentes canales de migración, cayendo a menudo en la trampa de la migración ilegal por tierra, aire o mar.

Incluso luego de obtener el visto bueno – a veces después de varias rondas de control, con un alto costo financiero – los migrantes deben realizar otros chequeos médicos cuando llegan a la región del Golfo. Cualquier trabajador que no pase este último test es enviado de regreso. Si se les permite entrar al GCC, deben someterse a un control médico completo cada año para renovar su permiso de estadía.

Irónicamente, la evidencia epidemiológica sugiere que los migrantes a menudo desarrollan infecciones como tuberculosis y VIH durante su estadía en los países de destino – como muestran los chequeos anuales exigidos para la renovación de los permisos de trabajo – dadas las arduas condiciones de tránsito y trabajo en las que se encuentran. Por ejemplo, la transmisión del VIH se debe a la falta de ciudadanía económica y cultural que confina a los migrantes en campos de trabajo hacina-

dos, sin muchas más alternativas de ocio que recurrir a trabajadoras sexuales.

Cualquiera que sea identificado como portador de VIH es detenido y deportado, a menudo sin informar a los individuos o a la misión diplomática de su país sobre las razones reales de su deportación. Algunos trabajadores han sido enviados de vuelta por sus empleadores en “licencia repentina”; a algunos de estos repatriados no se les ha permitido recolectar sus pertenencias, arreglar sus asuntos con co-residentes/co-trabajadores o incluso recoger sus pasaportes y salarios pendientes antes de ser trasladados a centros de detención abarrotados. Muchos llegan a Pakistán con un pasaporte de emergencia de una sola página como prueba de identidad; algunos son detenidos por las autoridades migratorias para confirmar su ciudadanía pakistaní, un proceso que puede durar semanas y que solo finaliza cuando los miembros de la familia encuentran a un patrocinador local que logre la liberación de su hijo.

El mundo está siendo testigo de crecientes protestas relacionadas con el derecho a la salud: las poblaciones apelan a sus gobiernos para que provean acceso a la asistencia sanitaria y desafían las formas insidiosas en las que se han utilizado las prácticas y los diagnósticos médicos para limitar los derechos de los individuos. En Pakistán, sin embargo, los trabajadores migrantes no han mostrado signos de estar preparados para movilizarse o comprometerse en este tipo de acción colectiva. El gobierno, por su parte, continúa cooperando con los estados del GCC permitiendo a sus agentes tratar a los potenciales migrantes como ganado para ser clasificados en base a su salud. ■

Dirigir toda la correspondencia a Ayaz Qureshi <ayaz.qureshi@lums.edu.pk>

> Participación económica

y violencia contra las mujeres

por **Nida Kirmani**, Universidad de Ciencias de la Administración de Lahore, Pakistán



Mujeres comerciantes en Karachi.
Foto por Nida Kirmani.

Las agencias de desarrollo y las instituciones financieras internacionales sostienen que la creciente participación económica de las mujeres conducirá al crecimiento económico y al empoderamiento de las mujeres – una situación en la que todos ganan. Además, con frecuencia se asume que las mujeres económicamente activas serán menos vulnerables a la violencia de género.

Basada en trabajo de campo realizado en Lyari, Pakistán – uno de los asentamientos de clase trabajadora más antiguos de Karachi – mi investigación pone a prueba esos supuestos frente a una realidad más compleja.

Con solo 22% de mujeres con empleo remunerado, Pakistán tiene una de las tasas más bajas de participación laboral femenina del mundo. Mi lugar de campo, Lyari, refleja estas estadísticas nacionales, pero a diferencia de la mayoría de las mujeres pakistaníes, que trabajan en la agricultura, las trabajadoras de Lyari son empleadas domésticas mal remuneradas en las zonas ricas de la ciudad, o docentes en escuelas privadas y estatales. A pesar de que la tasa de trabajo remunerado entre las mujeres es baja, se registra un drástico incremento en relación con las generaciones anteriores – aunque los empleos disponibles para mujeres en la economía neoliberal actual son general-

mente mal remunerados, inseguros y desregulados.

Pero el hecho de estar “económicamente activa” no se traduce necesariamente en “empoderamiento”. Como señala Naila Kabeer, las fuerzas del mercado a menudo reproducen la desigualdad de género mediante tasas de salario y prácticas de contratación desiguales. Del mismo modo, mientras los decisores de políticas a menudo asumen que el involucramiento económico les da a las mujeres control sobre sus propios ingresos o acceso a la ayuda social y legal, y que una mayor independencia económica les permite a las mujeres salir de relaciones abusivas,

la realidad es más complicada; los efectos de la participación económica de las mujeres depende de la naturaleza del empleo, de las relaciones de poder dentro de sus familias y de la dinámica dentro de sus respectivas comunidades.

El hecho de obtener un ingreso, ¿protege a las mujeres de la violencia de género – que según estimaciones afecta entre el 39% y el 90% de las mujeres casadas en Pakistán, con la mayoría de los casos subregistrados? ¿Están las mujeres trabajadoras mejor capacitadas para resistir las formas comunes de explotación económica o material por parte de empleadores que pagan menores salarios a las mujeres o que directamente se niegan a pagarles? Las mujeres que obtienen ingresos, ¿ganan mayor control sobre los recursos del hogar o sobre sus propios ingresos?

Mis conversaciones con mujeres en Lyari revelan una compleja relación entre empleo remunerado y experiencias de violencia doméstica. Obtener un ingreso les dio a algunas mujeres la posibilidad de dejar, o al menos imaginar dejar un matrimonio abusivo. Pero incluso para quienes ganan un salario la presión social para permanecer – especialmente si hay hijos de por medio – continúa siendo un poderoso freno para abandonar un matrimonio violento.

Muchas mujeres describieron la doble carga del trabajo remunerado y de las responsabilidades domésticas como su propia forma de violencia: el trabajo remunerado a veces aumen-

ta las tensiones domésticas, ya que incluso los hombres desempleados suelen esperar que sus mujeres se hagan cargo de las tareas domésticas, lo que en ocasiones deriva en discusiones e incluso violencia física. La mayoría de las mujeres con trabajos mal remunerados se quedaría en sus casas si pudieran, y algunas se molestan ante la incapacidad de sus maridos para mantenerlas. Algunas mujeres reconocieron que el ingreso les ofrece algún nivel de independencia, y unas pocas dijeron que disfrutaban estar lejos de su casa, pero la mayoría preferirían no tener que afrontar la doble carga de obtener ingresos y encargarse del hogar.

Para el puñado de mujeres con empleos más seguros y salarios más altos la actividad económica representa una elección más que una necesidad, y una fuente de realización personal. Sin embargo, esto no ocurre sin costos sociales y psicológicos: las mujeres que trabajan fuera de su casa antes de casarse – especialmente si viajan fuera de su barrio y ganan relativamente bien – a menudo son objeto de chismes, burlas, desaprobación y desprecio, lo que les provoca gran sufrimiento emocional, amenaza su reputación y pone en riesgo la posibilidad de encontrar una pareja.

El lado positivo es que la investigación reveló un cambio generacional. Muchas mujeres mayores hablaron de permanecer en matrimonios violentos y definieron el sufrimiento como una muestra de paciencia y virtud. Las mujeres más jóvenes a menudo expresaron su desaproba-

ción de la violencia y sugirieron que las mujeres deberían abandonar los matrimonios abusivos, retornando a su hogar natal o, más raramente, estableciendo un hogar independiente. Aunque el divorcio aún se ve con malos ojos, y muchas mujeres todavía sienten presión para permanecer en matrimonios violentos, cada vez más mujeres parecen estar formulando estrategias de resistencia en circunstancias restringidas. Definitivamente, el acceso a un ingreso independiente ayuda a las mujeres a abandonar matrimonios violentos aunque no garantiza que puedan hacerlo.

En líneas generales, mi investigación sugiere que la participación económica de las mujeres no garantiza empoderamiento. A pesar de que puede fortalecer su posición de negociación, el empleo extra doméstico tiene sus costos. Las mujeres en Pakistán están entrando en grandes cantidades al mercado laboral, pero lo hacen en un momento en el que hay pocas opciones disponibles de trabajo seguro y bien remunerado. Para empoderar realmente a las mujeres el empleo debe confluir con cambios estructurales más amplios: se necesitan puestos de trabajo seguros y bien remunerados, y las relaciones genéricas de poder dentro del hogar y en la comunidad deben cambiar para que las responsabilidades domésticas sean compartidas entre hombres y mujeres, y para que se acepte cabalmente el aumento de la movilidad e independencia de las mujeres. ■

Dirigir toda la correspondencia a Nida Kirmani
<nida.kirmani@lums.edu.pk>

> Divorcio en la diáspora

por **Kaveri Qureshi**, Universidad de Ciencias de la Administración de Lahore, Pakistán



Una boda pakistaní en el Reino Unido: la novia espera a su novio con aprensión. Foto por Kaveri Qureshi.

Sukaina, de 30 años de edad, es una londinense de ascendencia pakistaní. Se casó a los 18 años con un primo en Lancashire y con poco más de veinte años ya tenía tres hijos. Pero antes de que su tercer hijo hubiera nacido su matrimonio comenzó a desmoronarse irreparablemente. Su marido empezó a trabajar como taxista, y como consecuencia de los horarios de trabajo cambiantes y la gran libertad de movimiento, retomó una relación premarital con una mujer inglesa blanca, volvió a tomar alcohol y, según Sukaina, cayó en las drogas duras. Por seis meses se contuvo de contarles a sus padres sus problemas maritales, ya que “para mi familia era un sueño hecho realidad haber encontrado alguien de la familia, ser feliz, tener tres hermosos niños y que todo fuera perfecto. Así

que pensé que no debía romperles el corazón”. Cuando finalmente acudió a ellos en búsqueda de ayuda, pasaron dos años antes de que dejara la casa de sus suegros en Lancashire para volver a Londres, y otros dos años más antes de pedir el divorcio.

Por mucho tiempo se ha visto a los pakistaníes británicos, así como a otras familias de ascendencia surasiática, como bastiones de la familia tradicional por sus casamientos casi universales y sus escasos divorcios. Historias como la de Sukaina se han mantenido invisibles, ocultas detrás de los estereotipos normativos sobre los “fuertes valores familiares”. Desde afuera se suele describir a las familias pakistaníes británicas en los mismos términos. En 2007, luego de compartir dos días en Birmingham con una familia pakistaní, el entonces

líder conservador David Cameron elogió “la increíble fuerza y cohesión” de las familias anglo-asiáticas, y señaló: “me quedé pensando que lo que necesita Gran Bretaña es una mayor integración con la forma de vida anglo asiática, y no lo contrario”.

Utilizando datos de la Cuarta Encuesta Nacional sobre Minorías Étnicas, realizada a mediados de la década de 1990, el sociólogo cuantitativista Richard Berthoud encontró una tasa de separación y divorcio del 4% entre los británicos de origen surasiático, menos de la mitad de la de los adultos británicos blancos (9%) y menos de un cuarto de la de los adultos negros de origen caribeño (18%). Berthoud consideraba a los británicos surasiáticos como “anticuados”, “fieles a la historia y tradiciones de sus comunidades” y resistiendo la tendencia hacia la individualización. Sin embargo, los datos proporcionados por la Encuesta Trimestral de la Fuerza de Trabajo en 2010-13 muestran que casi el 10% de los musulmanes británicos de origen pakistaní e indios sij están separados o divorciados, así como el 8% de los musulmanes provenientes de Bangladesh, el 7% de los musulmanes indios y el 6% de los hindúes – en comparación con el 20% de los británicos blancos, el 27% de los afrocaribeños y el 23% de aquellos con orígenes étnicos mixtos. Si bien los surasiáticos aún son menos proclives que otros adultos del Reino Unido a admitir en las encuestas que sus matrimonios se han desintegrado, las separaciones y divorcios se han incrementado entre musulmanes pakistaníes y banglade-

>>

síes, así como entre indios sij, hasta niveles cercanos a los que prevalecían entre la población británica blanca veinte años atrás, a mediados de la década de 1990 – época en que la preocupación de Anthony Giddens por “la sociedad de separados y divorciados” del Reino Unido se había vuelto objeto de un amplio debate.

Basándome en un estudio etnográfico llevado a cabo entre 2005-7 y 2012-14 en Londres y en Peterborough, argumento que el aumento de las rupturas matrimoniales está cambiando la vida familiar en la diáspora pakistaní, comenzando por un aumento en el número de hombres, y aún más de mujeres, que se resisten a la presión para volver a casarse. De los 52 divorciados que entrevisté, para cuando finalicé mi trabajo de campo 30 se habían vuelto a casar, pero 22 se mantenían solteros, y de ese grupo sólo 6 eran hombres. Sukaina, por ejemplo, estuvo soltera por muchos años luego de su separación, insistiendo en que quería continuar así. Ella sufrió una depresión clínica por varios años luego de que terminara su matrimonio, pero con el apoyo de sus hermanas pudo completar un curso de educación de adultos, obtener un título como auxiliar docente y empezar a trabajar, complementando y finalmente reemplazando la mayoría de los beneficios de la seguridad social de los que dependía. Habiendo dejado de ser la nuera ejemplar que sus padres habían “preparado”, Sukaina ignoró durante muchos años el consejo de ellos de casarse nuevamente. En sus palabras: “Al principio

odiaba a los hombres, realmente los odiaba, no soportaba verlos ni olerlos”. Algunos divorciados me dijeron que se volvieron a casar para darles a sus hijos una familia “adecuada”, de padre y madre, pero en el caso de Sukaina, como en el de muchos otros, la cautela para introducir un padrastro en su ya estresada familia fue un poderoso disuasivo frente a un nuevo casamiento.

Algunas mujeres y algunos hombres eligen ahora mantenerse solteros después de divorciarse, y aquellos que vuelven a contraer matrimonio parecen ser más proclives a buscar sus propias parejas. De las 67 uniones en primeras nupcias descritas por mis informantes, 58 consistieron en matrimonios por arreglo convencionales y solo 9 fueron casamientos por amor. En contraste, de las 49 uniones en segundas nupcias solo 20 fueron arregladas convencionalmente. Otras 9 fueron por amor pero se presentaron en sociedad como matrimonios arreglados, y un total de 20 fueron casamientos por amor auto-organizados por los contrayentes. Al parecer, los segundos casamientos tienen una probabilidad mucho mayor de involucrar noviazgos significativos e intimidad previa. Los matrimonios por elección propia también terminaron siendo aceptados por el ámbito familiar de los divorciados.

Las experiencias de Sukaina ilustran otra tendencia: los segundos casamientos suelen cruzar fronteras raciales, étnicas, de casta y religiosas. Luego de una década viviendo

sin una pareja, Sukaina se enamoró de Sukhwinder, un divorciado sij de ascendencia india. Sukhwinder aceptó convertirse al islam y la pareja se casó en una pequeña ceremonia islámica a la que asistió sólo una de las hermanas de Sukaina y tres testigos varones. Este cambio hacia relaciones consensuales suena atractivo para las políticas liberales, pero Sukaina estaba profundamente molesta e insatisfecha: Sukhwinder no mostró ningún signo serio de su conversión al islam, ni se quitó el turbante que lo identifica como sij. Por ello, Sukaina no tuvo el coraje necesario para contarle a sus padres sobre su segundo matrimonio y estaba considerando “darlo por terminado”.

Encontré que los segundos matrimonios son frecuentemente inestables. Nueve de los 30 entrevistados que se habían vuelto a casar se habían separado o estaban en su tercer matrimonio, y muchos otros segundos y terceros casamientos estaban atestados de conflictos – lo que nos recuerda cuán poca luz ha arrojado la sociología del divorcio sobre la conformación de nuevas parejas. Necesitamos investigar no sólo acerca del divorcio, sino también sobre las relaciones informales y los sucesivos casamientos, así como sobre el cambio de normas matrimoniales en contextos de migración, transnacionalidad y diáspora, en los que se ha tendido a considerar la cultura “de origen” como estática. Como sugiere mi estudio, este no ha sido el caso en el pasado, ni lo es en el presente. ■

Dirigir toda la correspondencia a Kaveri Qureshi
<kaveri.qureshi@lums.edu.pk>

> La islamofobia y la agenda de seguridad británica

por **Tania Saeed**, Universidad de Ciencias de la Administración de Lahore, Pakistán



Ilustración por Arbu.

Las instituciones educativas británicas están siendo crecientemente incorporadas a la agenda de seguridad del Estado. Bajo la ley anti-terrorista y de seguridad (CTSA, por su sigla en inglés) de 2015, las instituciones educativas tienen el “deber reglamentario” de informar sobre estudiantes considerados “en riesgo” de radicalizarse. Los signos o síntomas de esta “radicalización” son difíciles de definir; lo que está claro es que los más “vulnerables” son a menudo los estudiantes musulmanes. Aún más problemático es que el pensamiento extremista no violento considerado contrario a los “valores británicos” puede convertir a alguien en sospechoso, y como consecuencia estas ideas corren el riesgo de ser silenciadas dentro de las universidades, en lugar de ser objetadas y debatidas.

La ley anti-terrorista de 2015 fue aprobada una década después de los atentados del 7 de julio de 2005 en Londres, aunque otras políticas anti-terrorismo también se han centrado en las instituciones educativas. Los estudiantes musulmanes están bastante acostumbrados a ser considerados “sospechosos”. De acuerdo con un informe del gobierno británico, *Estrategia de Prevención* (2011), el personal de seguridad ya estaba trabajando con instituciones educativas para controlar a los estudiantes “en riesgo”. Un puñado de casos – un ex alumno de una universidad de Londres, Umar Farouk Abdulmutallab, intentó atacar un avión con destino a Estados Unidos;

>>

otra ex estudiante, Roshonara Choudhry, apuñaló a un político británico para vengar al pueblo de Irak; jóvenes estudiantes han huido para unirse al Estado Islámico – ha generado mayor aprehensión por los estudiantes musulmanes. Pero la nueva ley convierte la vigilancia universitaria en una obligación legal. En vez de comprometerse con los estudiantes musulmanes, la política los aliena e, irónicamente, crea una atmósfera de inseguridad creciente. Mientras que el varón musulmán es percibido como una amenaza más inmediata, la imagen de la mujer musulmana oscila entre la de una víctima o una radical, escondida a simple vista detrás del velo.

Un estudio realizado entre 2010 y 2012 exploró las narrativas biográficas de 40 mujeres jóvenes musulmanas estudiantes y ex alumnas de universidades británicas, centrándose en sus experiencias de islamofobia y la agenda de seguridad del Estado británico. El estudio, que se llevó a cabo en un momento en el que la identidad musulmana pakistaní era considerada altamente sospechosa, incluyó tanto estudiantes británicas de origen pakistaní como pakistaníes no británicas que estudiaban en Inglaterra; así como mujeres musulmanas cuya vestimenta expresara diferentes “grados de religiosidad”, desde el velo completo (*nicab*), un pañuelo en la cabeza (*hiyab*) con un vestido largo (*jilbab*), la típica túnica pakistaní (*kameez*) con pantalones (*shalwar*), hasta musulmanas practicantes sin ninguna identificación externa. El estudio se centró en las experiencias de las sociedades islámicas de estudiantes (ISocs, por su sigla en inglés) que habían sido criticadas por no contrarrestar la radicalización en los campus. También se entrevistó a asistentes sociales, representantes de agrupaciones estudiantiles y líderes de las sociedades islámicas de estudiantes.

Las experiencias de las mujeres variaron de acuerdo con su apariencia física. No sorprende que el *nicab*

atrajera la atención: las mujeres jóvenes que lo usaban declararon haber sido insultadas o haber sido llamadas extremistas o “esposas de Osama bin Laden”, convirtiéndose el velo en la marca física de una religión e identidad ajenas. Las respondientes señalaron ser objeto de agravios raciales que hablan más del emisor que del destinatario – especialmente cuando se las tildó de “lesbianas” por vestir *nicab* o *hiyab*. Esto refleja la tendencia heteronormativa de la islamofobia, según la cual la mujer musulmana deviene más anormal si practica la segregación. En contraste, las mujeres musulmanas que no vestían identificadores religiosos sintieron no ser “suficientemente musulmanas” para la mirada no musulmana, y se vieron en la necesidad de tener que justificar sus creencias. La apariencia pakistaní, sin embargo, provocó estereotipos sobre la mujer pakistaní como una mujer no educada y culturalmente oprimida, víctima de una cultura primitiva que apoya los asesinatos de honor y los matrimonios forzados.

Las estudiantes enfrentaron estas experiencias tanto dentro como fuera de los campus universitarios, pero los miembros de las ISocs fueron especialmente señalados. Hombres y mujeres que participan de las ISoc a menudo tuvieron que defenderse no solo de las administraciones universitarias que sospechan de sus actividades y de sus oradores estudiantiles, sino también de los autoproclamados musulmanes “moderados”. Las respondientes indicaron que los musulmanes “moderados” a menudo evitan las actividades de las ISocs por miedo a ser etiquetados como extremistas, mientras que los miembros de las ISocs dicen ser llamados terroristas, lo que expresa la sospecha de haber sido monitoreados por agencias de inteligencia o infiltrados por espías. Muchas respondientes también describieron cómo el temor a ser llamadas extremistas las condujo a la autocensura, absteniéndose de participar en campañas políticas por miedo a ser consideradas radicales.

El nexo pakistaní-musulmán también reveló otro tipo de vulnerabilidad: el pakistaní musulmán resultó “hiperseguridizado” en un momento en el que la identidad pakistaní era vista con mayor sospecha debido a que la “guerra contra el terrorismo” tenía lugar en suelo pakistaní. Algunos estudiantes pueden haber evitado las causas políticas vinculadas con Pakistán, pero aún así se comprometieron con causas relacionadas con la Primavera Árabe o Palestina; otros tuvieron que mentir sobre su nacionalidad, especialmente luego del 7 de julio de 2005.

Estos hallazgos revelaron que las diferentes comunidades musulmanas pueden experimentar el discurso de la seguridad de manera desigual no solo por su religiosidad sino también por sus identidades étnicas o nacionales. La prohibición de viajar a los Estados Unidos para algunas nacionalidades musulmanas, emitida por el presidente Donald Trump, así como el foco de la agenda global antiterrorista sobre Siria y la región adyacente, atestiguan las diferentes respuestas que enfrentan las diversas identidades musulmanas en un contexto sociopolítico cambiante.

Así como el grado de religiosidad modeló los niveles de sospecha y discriminación en la vida diaria, el estudio también mostró que las jóvenes estudiantes intentaron activamente generar conciencia contra los estereotipos. A través de la “Semana de Sensibilización al Islam”, o simplemente desafiando las ideas preconcebidas sobre el Islam, grupos de estudiantes musulmanes intentaron modificar actitudes. Mientras que algunos estudiantes rechazaron el peso de tener que reivindicar su “normalidad” o inocencia, no se pueden desestimar los esfuerzos de los estudiantes, tanto musulmanes como no musulmanes, para resistir la creciente agenda de seguridad.

Muchas universidades eran conscientes de su “deber de proteger” a los estudiantes, es decir el garantizar

su “libertad de expresión” y su “deber reglamentario” de informar sobre cualquier estudiante considerado “en riesgo” de radicalización. Sin embargo, tal “deber de protección” en ocasiones fue transgredido, como en los casos de Mohammed Umar Farooq, un estudiante de la Universidad del Staffordshire que fue denunciado por el personal universitario por leer un libro acerca de los estudios sobre el terrorismo; Rizwaan Sabir, que fue denunciado por descargar un manual de Al Qaeda (que ya estaba disponible en librerías) para su investigación; y alumnos de escuela que fueron reportados equivocadamente a las autoridades.

Las universidades seguirán siendo incorporadas a la agenda de seguridad del Estado, como lo demuestra la adopción de una estrategia para implementar el “deber reglamentario” de las universidades bajo el CTSA 2015 por parte del Consejo de Financiamiento de la Educación Superior para Inglaterra. Las estudiantes musulmanas entrevistadas para este estudio expresaron su disposición a hablar con el personal de seguridad, siempre y cuando no estén constantemente bajo sospecha. Reconocen que aunque la mayoría de los jóvenes musulmanes británicos rechaza a grupos como el Estado Islámico, el problema es importante y debe ser

afrontado. De hecho, la mayoría de los respondientes estaba dispuesta a aceptar este desafío dentro de la universidad. Sin embargo, al considerar sospechosos a todos los estudiantes musulmanes, y al reforzar una cultura de la inseguridad en la que ciertas visiones controversiales no son discutidas, la universidad crea una atmósfera en la que los estudiantes musulmanes se vuelven vulnerables a la islamofobia y la discriminación. Por lo tanto, las universidades corren el riesgo de no cumplir con su “deber de protección” hacia los estudiantes musulmanes y de volverse un eslabón más del aparato de seguridad del Estado. ■

Dirigir toda la correspondencia a Tania Saeed
<tania.saeed@lums.edu.pk>

> La política de las infraestructuras

por **Amen Jaffer**, Universidad de Ciencias de la Administración de Lahore, Pakistán



Recolectores de residuos procuran reciclables antes de que un camión de Ozpak recolecte la basura de estos contenedores.
Foto por Khurram Siddiqi.

Desde la última década del siglo XX, la economía pakistaní ha sido transformada por la privatización y la desregulación – un orden económico neoliberal que se ha sostenido a través de gobiernos de diferentes partidos políticos y dictaduras militares. Aún a pesar de existir un consenso dominante entre la élite política, el actual gobierno de la Liga Musulmana de Pakistán-Nawaz (PML-N, por su sigla en inglés) se distingue de otros regímenes por poner el foco en las infraestructuras. Desde la década de 1990, los gobiernos de PML-N han construido su política económica y su estrategia política en torno al “desarrollo” de infraestructuras – recientemente con un énfasis en el Corredor económico chino-pakistaní (CPEC, por su sigla en inglés), promocionado por el gobier-

no como un “punto de inflexión” que elevará radicalmente la fortuna económica de Pakistán.

El gobierno de Pakistán promete que estos nuevos proyectos (vial, ferroviario y energéticos) – principalmente financiados con préstamos del gobierno chino y a menudo construidos por compañías chinas – atraerán inversiones privadas extranjeras y locales, que a su vez generarán nuevos trabajos y oportunidades económicas para los pakistaníes.

Pero esta estrategia económica se basa en la suposición de que el gasto en infraestructura a gran escala estimula por sí mismo la actividad económica – a pesar de la cuestionable evidencia que proporcionan ejemplos previos, in-



Un asentamiento de recolectores de residuos en el que seleccionan la basura que recogen en la ciudad. Foto por Khurram Siddiqi.

cluyendo el uso limitado de la autopista Lahore-Islamabad, construida durante un anterior gobierno PML-N en la década de 1990.

La evidencia acumulada en todo el mundo indica que los grandes proyectos de infraestructura benefician especialmente a los inversores extranjeros y a las grandes corporaciones. En un país con servicios públicos decadentes, con sistemas de salud y educación que sistemáticamente clasifican entre los peores del mundo, tales prioridades de gasto público sesgadas ignoran las necesidades reales de la ciudadanía. Los proyectos como el CPEC se concentran en gran medida en las necesidades de infraestructura de las grandes corporaciones, ignorando e incluso dañando al sector informal, en el que está empleada la mayoría de los pakistaníes pobres, y exacerbando de este modo la ya considerable desigualdad en Pakistán.

Tómese, por ejemplo, el esquema de gestión de residuos sólidos en Lahore. En 2010 el gobierno de Punjab privatizó la recolección, transporte y disposición de los residuos de Lahore, fundando la Compañía de Gestión de Residuos de Lahore (LWMC, por su sigla en inglés) como empresa pública. Posteriormente la LWMC tercerizó sus operaciones a través de dos multinacionales turcas, Ozpak y Albayrak, a

las que les paga aproximadamente 20 dólares estadounidenses por cada tonelada de basura depositada en sus vertederos. La construcción en curso de nuevos caminos y la expansión y rediseño de los viejos han beneficiado enormemente las operaciones de Ozpak y Albayrak, porque la red reconfigurada de caminos permite que su flota de camiones y otra maquinaria operen de manera más eficiente.

Uno de los centros de operaciones de Ozpak está localizado cerca de la nueva autopista de circunvalación de Lahore (LRR, por su sigla en inglés), que cuenta con 6 carriles. Los desechos de varias localidades se recolectan y transportan al centro de Ozpak con una flota de camiones grandes, mayormente importados, acondicionados con tecnología para levantar y compactar basura. (En rutas más angostas la compañía usa camionetas pick-up más pequeñas, ensambladas localmente y modernizadas con tecnología especializada.) Una vez que la basura llega a las instalaciones de Ozpak, cargadores mecánicos la depositan en grandes camiones contenedores para transportarla al vertedero de la LWMC de Lakhodar, también convenientemente localizado en la autopista de circunvalación. Como puede constatar, la LRR es una pieza central en la operación, que le permite a Ozpak realizar importantes ahorros en gasolina, tiempo y mano de obra.

>>

Las operaciones tecnológicamente sofisticadas de Ozipak contrastan tajantemente con las de los recolectores “informales”, quienes juntan desechos y reciclables en la ciudad y los transportan a pie, en carros tirados por burros, bicicletas o motocicletas. Algunos recolectan basura puerta a puerta por una pequeña paga mensual, mientras que otros buscan y seleccionan reciclables en pilas de basura a los costados de los caminos y en los vertederos. Ozipak no le permite a los recolectores informales entrar a sus instalaciones. En cambio, la mayoría de los centros de basura operados por el gobierno están abiertos a ellos, que llevan a cabo el trabajo sucio de separar y clasificar los materiales reciclables – botellas, papel, cartón, plástico o metal. Estos reciclables son luego vendidos a pequeñas empresas de reciclado que vuelven a clasificarlos antes de revenderlos a pequeñas unidades industriales que los convierten en materiales utilizables.

Sin embargo, y a pesar de ser la columna vertebral de la industria del reciclado, los recolectores informales, que realizan un trabajo muy sacrificado en condiciones intolerables y a menudo peligrosas, se encuentran en la escala más baja de esta economía y obtienen ingresos extremadamente bajos y variables, además de sufrir discriminación y el estigma social ligado a su profesión. No sorprende que la mayoría de ellos pertenezca a los grupos más bajos en la jerarquía social de Lahore.

La transformación de la infraestructura de caminos de Lahore ha afectado directa e indirectamente los magros ingresos de los recolectores informales, trayendo más miseria a sus ya precarias vidas. La autopista de circunvalación de Lahore, por ejemplo, los ha afectado adversamente de diferentes modos. En primer lugar, sus medios habituales de transporte – carros con burro y bicicletas – no están permitidos en la LRR, lo que los obliga a transitar por rutas paralelas altamente congestionadas. En segundo lugar, dado que su trabajo exige cruzar con frecuencia la autopista, se ven forzados a recorrer largas distancias (porque los cruces distan varios kilómetros entre sí), o deben correr el riesgo de cruzar a pie en lugares no designados entre una marea de tráfico que circula a alta velocidad. Por lo tanto, más que

facilitar el trabajo de los recolectores informales, la nueva autopista se vuelve una barrera y una carga adicional.

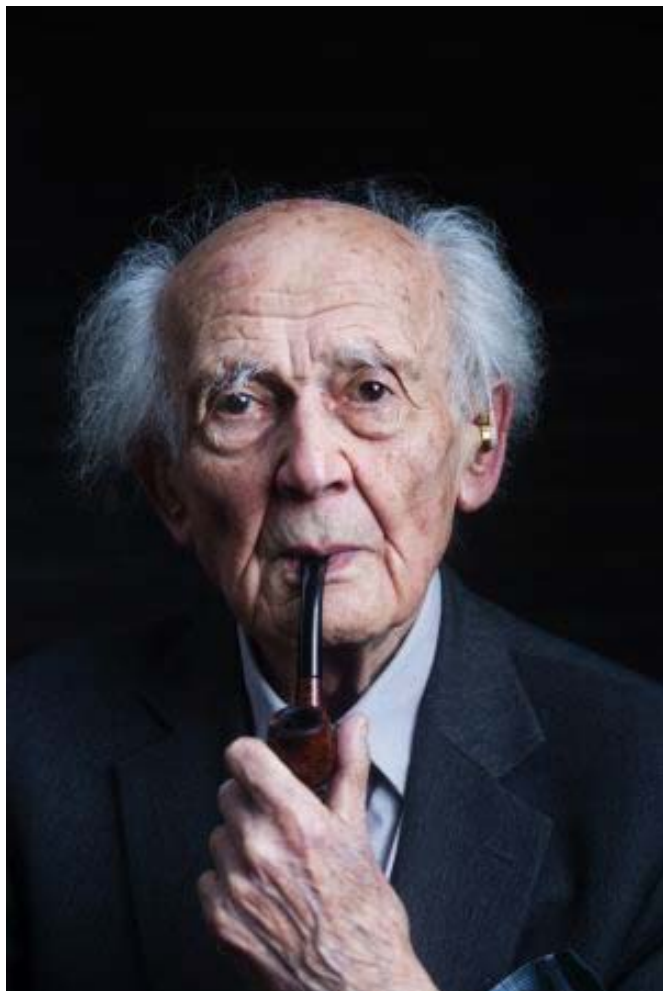
De manera indirecta, la LRR también benefició a las compañías cuyos intereses suelen chocar con los de los recolectores informales. En algunos barrios, los hogares han dejado de pagarles por recolectar su basura, dado que las compañías la recolectan ahora de la calle. Además, los métodos empleados por las compañías vuelven la basura menos accesible para los recolectores informales, al reducir el tiempo del que disponen para revisarla y seleccionar materiales. Las compañías consideran el trabajo de reciclado de los trabajadores informales como un obstáculo que ralentiza sus operaciones.

Por lo tanto, los desarrollos en la infraestructura vial de Lahore han contribuido para que las compañías de recolección de basura obtengan ganancias seguras y crecientes, a la vez que los recolectores informales afrontan nuevos desafíos económicos. Mientras que una gestión eficiente de residuos en una ciudad grande y en expansión como Lahore requiere camiones de basura y tecnología asociada, la privatización de este sector se ha llevado a cabo sin prestar atención a la supervivencia de los ciudadanos pobres y marginales, sumando así a sus desgracias.

La gestión de residuos sólidos es solo una de las muchas industrias en las que la nueva infraestructura pública ha potenciado las desigualdades en Pakistán. Los grupos económicamente marginados no han tenido voz en su planificación y diseño. Sin embargo, hay una razón para el optimismo: algunas comunidades de bajos ingresos han convertido la infraestructura en un pilar central de la ciudadanía. Nuestra investigación revela que un número de movilizaciones ha recurrido a las protestas y otras estrategias políticas para demandar, con éxito, una mejora de la infraestructura en zonas pobres. Por lo tanto, las antiguas alianzas que han canalizado los recursos públicos de Pakistán hacia intereses corporativos mediante proyectos de infraestructura probablemente tengan que afrontar nuevos desafíos políticos de la ciudadanía. ■

Dirigir toda la correspondencia a Amen Jaffer <amen.jaffer@lums.edu.pk>

> La visión moral de Zygmunt Bauman



| Zygmunt Bauman.

El sociólogo polaco Zygmunt Bauman ha muerto a los 91 años de edad, concluyendo así su destacable carrera como uno de los principales sociólogos del mundo contemporáneo. Es muy difícil sintetizar la vida y obra de una figura tan vital, pero es cierto, tal como lo señala Keith Tester, que “nunca se volverá a encontrar en la academia a alguien como Zygmunt Bauman. Él forma parte de esa generación de intelectuales de Europa Central y Oriental que literalmente vivieron los desastres del siglo XX. Experimentó aquello sobre lo que otros sólo escriben”.

Nació en 1925 en una familia judía de Poznan, Polonia. En 1939, Bauman y su familia se vieron forzados a huir a la Unión Soviética para escapar del ejército invasor nazi. Cuatro años más tarde se unió al ejército polaco en la Unión Soviética y luchó en el frente oriental. A pesar de haber sido herido, volvió al combate para unirse a la batalla por Berlín en 1945.

En la Polonia de la posguerra Bauman obtuvo un rápido ascenso, volviéndose capitán del ejército y agente político. A esta altura parecía ser un comunista bastante idealista, pero su fe en el partido sufrió un severo golpe a principios de la década de 1950, cuando fue removido de las Fuerzas Armadas durante una purga antisemita. A partir de entonces se orientó rápidamente hacia la carrera académica, y en 1954 se convirtió en profesor de ciencia social en la Universidad de Varsovia. Tuvo una destacada carrera en sociología, publicando sobre una amplia variedad de temas. Hacia mediados de la década de 1960 fue titular de la cátedra de Sociología General en la Universidad de Varsovia.

Sin embargo, pareciera ser que para ese entonces Bauman ya era visto por las autoridades como un marxista revisionista, especialmente después de haber producido algunas obras escépticas sobre aspectos de las sociedades socialistas, incluyendo un artículo sobre los límites de la planificación. Su posición no era para nada segura, y en otra purga antisemita de académicos en 1968, él y otros cinco profesores de la Universidad de Varsovia fueron despedidos. Más tarde ese año Bauman y su familia abandonaron Polonia. Luego de una serie de posiciones académicas temporarias en Israel, Australia y Canadá, se estableció finalmente en Gran Bretaña. Desde 1971 hasta su jubilación fue profesor de sociología en la Universidad de Leeds.

Una vez que tuvo base segura en Leeds, Bauman se estableció rápidamente como una figura familiar en la sociología británica. Su conocimiento de varios idiomas europeos así como su comprensión de teorías filosóficas y sociológicas significaron que estaba muy bien preparado para participar de una explosión de interés en la teoría continental. En la década de 1980 Bauman era considerado una figura clave en la exploración de lo que entonces se llamó “posmodernidad”. Sin embargo, Bauman empezó a darse cuenta rápidamente de los riesgos de ser encasillado en lo que entonces se estaba estableciendo como un marco intelectual apolítico e incluso reaccionario.

En cambio, a fin de mantener una actitud crítica hacia el orden social emergente en un momento tan crucial, se ubicó en la imagen exploratoria del “moderno líquido”. Comenzando con *Modernidad líquida* en 2000, Bauman exploró los impactos de la mercadización e individualización que han caracterizado el proyecto neoliberal en general, siempre sensible al dolor y el daño que estos procesos han infligido a tantas personas.

El foco central de todo el trabajo posterior de Bauman ha sido el carácter de la modernidad en sí misma. El libro fundamental en esta línea es *Modernidad y Holocausto* (1989), una obra pionera de sociología por la cual ganó el Premio Amalfi. El libro se centra en la inmensa capacidad de malignidad que yace en el proyecto modernista debido

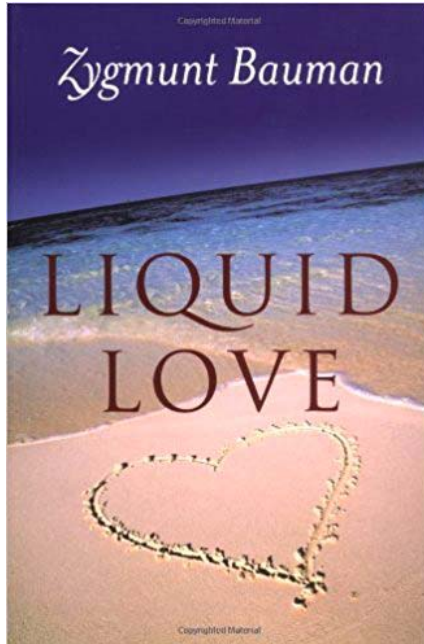
a la rienda suelta que adquiere la capacidad organizacional “racionalizada” en las sociedades modernas. Desde entonces, todo su trabajo llevó una abierta carga moral.

Luego de publicar *Ética posmoderna* en 1993, Bauman se volvió influyente en el reconocimiento del significado de la sociología de la ética. Su profundo escepticismo hacia los relatos sociológicos convencionales sobre la moralidad, provocado por los profundos horrores del siglo XX – algunos de los cuales presenció personalmente – lo condujo a un compromiso intelectual sostenido con el trabajo del filósofo y teólogo Emmanuel Levinas. Este proyecto alentó a Bauman a desarrollar lo que podría llamarse una fenomenología moral, en la cual las fuentes de la acción moral son entendidas como fundamentales, constitutivas de lo que es ser humano y anteriores a los procesos de socialización.

La obra de Bauman sobre ética ha sido profundamente controvertida, a menudo considerada como un cuestionamiento para los sociólogos. Pero el foco sociológico (más que filosófico) de Bauman sobre el poder dañino de las instituciones y su tendencia a limitar y atrofiar la capacidad moral de los agentes humanos es a la vez brillante y urgente. Su obra continuará siendo leída por todos los sociólogos que deseen que la disciplina sea más que una mera ciencia administrativa. ■

Peter McMyllor, Universidad de Mánchester, Reino Unido

> Zygmunt Bauman, el utopista escéptico



La biografía de Zygmunt Bauman podría encasillarse dentro de la narrativa dominante de la *intelligentsia* polaca del siglo XX. Después de la experiencia traumática de la guerra, y fascinada por el proyecto comunista, esta generación se comprometió por un breve lapso con los intentos de reparar el socialismo real, para luego descubrir su invariable naturaleza totalitaria. Más adelante, esta misma *intelligentsia* participó en el derrocamiento del régimen comunista en 1989. Finalmente disfrutó su victoria, adoptando el rol de enseñar al pueblo cómo utilizar el complejo don de la libertad.

Felizmente Zygmunt Bauman no encaja en este relato ni en la trayectoria que le subyace. A pesar de haber estado inmerso en la historia, nunca siguió sus corrientes principales. Aunque fue sensible a los cambiantes contextos históricos, logró retener una voz propia.

Su perspectiva puede definirse como un utopismo escéptico: al analizar el orden social, Bauman siempre reveló aquellos elementos de la utopía que sirven para mantener las estructuras de dominación, pero también apeló a la utopía para fortalecer su crítica y propugnar por el cambio social. Las raíces de esta perspectiva yacen en su experiencia en la Polonia de posguerra y se extienden hasta sus últimos trabajos.

> El estalinismo, una experiencia heterogénea

Al menos en Polonia, el relato dominante acerca del compromiso de la *intelligentsia* de posguerra con el estalinismo se encuentra sin dudas en

La mente cautiva, de Czesław Miłosz, quien luego ganaría el Premio Nobel de Literatura. El libro presenta a los estratos educados polacos como carentes de religión y devastados por el nihilismo. El comunismo llenó este vacío: les ofreció una explicación completa del mundo y les brindó cierta esperanza para su reconstrucción. El complejo pensamiento marxista era capaz de seducir las mentes refinadas, y proveía un sentido de proximidad tanto con el poder político como con el pueblo. Miłosz describe el compromiso con el comunismo y las prácticas estalinistas en términos casi religiosos, y explica de esta forma el fervor de los jóvenes intelectuales y su apuesta por la promesa de un nuevo sistema.

Esta historia se corresponde en parte con la experiencia de una nueva élite cultural profundamente involucrada con el estalinismo, pero es evidente que no logra dar cuenta de todos los caminos que llevaron al estalinismo ni de las distintas maneras de vivirlo. Para nosotros esto es especialmente significativo en relación con Julian Hochfeld, una figura de la mayor importancia para el joven Zygmunt Bauman y para todo el círculo de sociólogos marxistas de la Universidad de Varsovia, incluyendo a Jerzy Wiatr, María Hirsowicz, Włodzimierz Wsołowski y Aleksandra Jesińska-Kania.

A principios de la década de 1950 Hochfeld hizo un llamado para que se eliminara la sociología de la universidad: una ciencia burguesa no debería ser tolerada en un estado socialista. Hochfeld no se amoldaba necesariamente a la descripción de Miłosz: antes de la guerra era un científico y activista del Partido Socialista Polaco (PPS, por su sigla en polaco); des-

pués de la guerra esperaba que fuese posible organizar partidos socialistas independientes bajo el gobierno comunista. Cuando quedó claro que Stalin planeaba eliminar todos los partidos que se mantuvieran independientes de Moscú, Hochfeld instó al PPS a unirse con el Partido Comunista de los Trabajadores de Polonia, lo que finalmente ocurrió en 1948 con la fundación del Partido Unificado de los Trabajadores Polacos. Su compromiso con el estalinismo no provenía de un fervor ideológico, sino de una elección estratégica ante el escaso margen de maniobra político. Sin embargo, sus esperanzas de poder continuar sus actividades políticas en el nuevo partido resultaron vanas. A pesar de ser miembro del parlamento fue rápidamente marginado, aunque continuó criticando el sistema como parte de sus actividades académicas, especialmente con el fin del estalinismo en 1956. Hochfeld propuso analizar los mecanismos de alienación bajo el socialismo, buscó que se tuviera en cuenta el rol del parlamento como complemento del principio de centralismo democrático y creó la primera y única publicación académica socialista sobre política: *Estudios Socio-Políticos*.

Las experiencias de su mentor influyeron en la forma en que Bauman entendió el socialismo real. A pesar de estar sin ambigüedades del lado del socialismo en el conflicto con el capitalismo durante la Guerra Fría, sus escritos y actitudes ponen de manifiesto algunas reservas. Siguiendo el camino indicado por Hochfeld, Bauman luchó en dos frentes. Como sociólogo socialista criticaba al capitalismo, pero se negaba a aceptar como satisfactoria la forma que había tomado el socialismo. Le apuntaba a sus deficiencias sin reducirlas a la persistencia de viejos dispositivos y hábitos capitalistas.

> Una crítica socialista del socialismo

En los libros que Bauman escribió antes de 1968, tanto el capitalis-

mo como el socialismo son tratados como sociedades industriales. Esto significa que se caracterizan por la producción en gran escala y por el desarrollo de la clase trabajadora y de enormes organizaciones burocráticas. Por lo tanto, la sociedad socialista no puede comprenderse cabalmente aislándola del conocimiento de las sociedades capitalistas.

Los trabajos de este período muestran su esfuerzo por asimilar críticamente la herencia científica de la sociología occidental a la cultura polaca, con el fin de crear un marco teórico que le permitiera analizar la sociedad socialista. Por supuesto, esta sociedad se diferencia del capitalismo en la organización de la propiedad, los mecanismos para el establecimiento de jerarquías y la idea de modernización, que bajo el capitalismo obedecen a los mandatos de los capitalistas, en lugar de ser dirigidos por una planificación socialista centralizada. En ambos lados de la Cortina de Hierro, sin embargo, vivimos la degeneración del poder, la alienación del trabajo y la percepción de dilución de los vínculos entre la biografía individual y la vida colectiva. Por lo tanto, en su popular *Sociología de la vida cotidiana* de 1964 (que sería la base para el posterior *Pensando sociológicamente*), Bauman argumentó que la sociología debería seguir estos procesos críticamente, dirigiéndose no sólo a quienes toman las decisiones y a las élites, sino también a la gente común.

La riesgosa naturaleza del camino tomado por Bauman se hizo rápidamente evidente. En 1965 defendió a los estudiantes reprimidos por su vínculo con la publicación de la *Carta abierta al Partido* – una crítica revisionista del socialismo real escrita por Kuron y Modzelewski. Bauman se tornó sospechoso de representar una amenaza potencial para el gobierno de partido único. Tres años después, mientras el gobierno buscaba legitimarse frente a las protestas estudiantiles, su expulsión de la universidad fue un símbolo clave de “coraje”

en la lucha contra los llamados “agitadores” y las influencias sionistas. Al igual que miles de personas de ascendencia judía, Bauman fue forzado a abandonar Polonia y comenzar una vida en el exilio.

> El rol utópico del sociólogo

La expulsión de Polonia marcó el comienzo de su período de silencio más prolongado (más allá de escribir sobre el antisemitismo en Polonia y un libro general sobre cultura). Su primer libro, un intento de reformular la tarea crítica en nuevas situaciones, fue *Socialismo: La utopía activa*, que definió su programa de investigación posterior y su perspectiva como sociólogo crítico. A diferencia de muchos representantes de la inteligencia polaca, como Leszek Kołakowski, Bauman no rechazó de plano la promesa utópica del socialismo en favor del antitotalitarismo.

En *Socialismo: La utopía activa*, Bauman hace un llamado de atención sobre la creciente relevancia de la cultura en la organización de la vida social contemporánea, señalando la importancia del individuo en la construcción del orden social y en las luchas emancipadoras. Ser consciente de ello requiere, en primer lugar, reconocer que no todos los fenómenos sociales están determinados por los procesos de producción y, en segundo lugar, que no todos los tipos de dominación y opresión – aquí Bauman menciona al Holocausto – surgen de un acceso desigual a la propiedad. Al mismo tiempo, el foco en el individuo, característico de las modernas sociedades de consumo y de los movimientos que promueven el cambio social, con frecuencia nos impide reconocer dos formas importantes de dominación: las asimetrías globales entre el centro y la periferia, así como entre ricos y pobres dentro de un mismo Estado-nación.

El trabajo posterior de Bauman puede considerarse como una continuación del proyecto bocetado en *Socialismo: La utopía activa*. Sus libros

sobre la modernidad y la posmodernidad, ampliamente leídos y reconocidos, revelan escepticismo en relación con la utopía. Tal como se ha probado históricamente, la creencia de que es posible crear una sociedad predecible y transparente es una fuente de violencia estatal contra aquellos que no encajen en la visión de una sociedad pura. En las sociedades posmodernas contemporáneas, perspectivas tan peligrosas como éstas han sido generalmente abandonadas, pero esto no quiere decir que podamos ignorar las consecuencias negativas de las ideas utópicas centrales en la cultura contemporánea – incluyendo las creencias sobre la habilidad universal de los individuos para crearse libremente a sí mismos, eligiendo del amplio rango de posibilidades que ofrece el mercado. Bauman describe el encanto que genera esta promesa utópica en *Modernidad y Ambivalencia*, pero también discute sus riesgos,

entre los que se encuentran el sentimiento constante de inadecuación, la actividad frenética del sujeto en busca de una identidad auténtica, la dependencia en la experticia y, por último, el peligro de reducir otros individuos a los elementos ofrecidos en el mercado.

Además de señalar las consecuencias negativas de vivir en una sociedad de consumo, Bauman apunta persistentemente a quienes quedan excluidos de ella. Demasiado a menudo los excluidos permanecen invisibles, en la medida en que efectivas herramientas institucionales y simbólicas los mantienen más allá del horizonte de la experiencia consumista. Se trata de los pobres, los sin techo, los inmigrantes y refugiados, a los que Bauman se refiere como vidas desperdiciadas. El rol de la crítica, argumenta, es mantenerlos en la mira, recordándonos que los excluidos son

personas que necesitan asistencia, protección y respeto. El lazo que nos conecta con estos excluidos no puede basarse ni en nuestros intereses materiales ni en las ventajas políticas que pueden surgir de aliarnos con ellos. Se trata de un vínculo ético, basado en los impulsos asociados a la experiencia de comunidad de todas las personas.

Al definirse como promotor de este impulso utópico, Bauman se ubica en oposición a una gran parte de la *intelligentsia* de Europa del Este, que ha definido su rol como testigo e instructora de sociedades que intentan mantener el paso con cambios sociales inevitables. Bauman ha mostrado que a pesar de que los sociólogos deben comprender las dinámicas de la vida social, también deben tomar partido por aquellos situados en los márgenes de la sociedad y privados de su humanidad. ■

Maciej Gdula,

Universidad de Varsovia, Polonia

> Recordando a Zygmunt Bauman



Zygmunt Bauman con Peter Beiwarz.
Foto por Sian Supski.

Cuando muere el Emperador muchos guardan luto; otros se regodean. ¿Estamos en un interregno? ¿Fue Zygmunt Bauman un emperador? No lo creo. Se hizo famoso de forma tardía y fue una celebridad reticente, descreído de los diez segundos de fama. Como él diría, el conocimiento no viene en miniaturas. Fue una eminencia desaliñada; alguien que estaba adentro y afuera.

El primer libro de Bauman en inglés, dedicado al movimiento obrero británico, apareció en 1972. Este trabajo le significó quedar marginado frente a Edward Thompson. Y así se mantuvo por muchos años, invisible o periférico.

Fue ignorado por sus colegas y luego acusado de auto-plagio, de hacer una sociología supuestamente “ficticia”, basada en análisis metafóricos más que en bases de datos debidamente autorizadas. También fue cuestionado por su pasado comunista: seguramente sería culpable de algo. Sus epígonos lo querían abajo del escenario, querían que no les hiciera sombra.

Sin embargo, Bauman fue leído y escuchado por muchas personas en todo el mundo; para ellas, este encuentro – en persona o en el papel – fue transformador. Tal vez eso fue lo que generó envidia. Bauman dejó a un lado las notas al pie para abordar los grandes temas. En lugar

>>

de seguir escribiendo para colegas que leían su obra de forma serial comenzó a dirigirse al público en general, a las personas comunes y corrientes. Tomó sus datos de la vida, de la experiencia del siglo XX y de sus sucesores; nos instó a adoptar los problemas del mundo como propios. El trabajo de los intelectuales era formular preguntas, no brindar respuestas para aquellos realmente afectados por estos problemas, ya fuera la pobreza, la migración forzosa y el sufrimiento, o el amor, la pérdida y la lealtad.

Tal vez debería en este punto contar una historia. Porque si Bauman no fue un narrador de historias, entonces fue ciertamente un gran conversador. Por 25 años visité a Bauman todos los años en Leeds. La última vez que lo vi fue en 2015, para su nonagésimo cumpleaños. Estaba trabajando en Stellenbosch, en Sudáfrica. Y él apareció de la nada, como un viejo espía, antes de que saliéramos para Ciudad del Cabo, voláramos a Manchester y de allí fuéramos en tren a Leeds atravesando los Peninos. (Me perdí su último cumpleaños; estábamos en Chengdu, donde habíamos sido invitados para hablar sobre los Baumans, Zygmunt y Janina. Los chinos están también profundamente interesados en Bauman.

Antes de partir hacia China, estaba trabajando en un artículo para Bauman para la *Revue internationale de Philosophie*. Uno de los atractivos que tiene su trabajo es que, incluso luego de 30 años, todavía no he agotado sus intereses. Cuando tomé prestada una copia de *Legisladores e intérpretes* (1987) de la Biblioteca de la Universidad de Stellenbosch, descubrí con placer que estaba llena de anotaciones en cada página. El siguiente texto que revisité fue *Modernidad líquida* (2000). Su tercer capítulo se titula “Tiempo/Espacio”. El libro se abrió solo en la página en la que Bauman se centra en Sudáfrica – en realidad, en Somerset West, una localidad cercana a donde yo estaba trabajando y viviendo. ¿El tema? Los barrios cerrados, que en Sudáfrica han sido llevados a su máxima expresión. El proyecto que analiza – cómicamente titulado “Heritage Park” [Parque del Patrimonio] – se encuentra incompleto. Se ubica frente a Lwandle, un orgulloso *township* negro con importantes logros, del que lo separa una división de concreto y malla metálica, la autopista N2. Aquí estamos, amos y esclavos, turistas y vagabundos; la perspectiva de Bauman se extiende desde Leeds hasta Sudáfrica.

Frunció el seño y me preguntó pícaramente (porque siempre tenía picardía) si había robado el libro de la biblioteca. Le dije que no, que lo había tomado prestado. Y así estuvimos, inspeccionándolo juntos, en la última ocasión que pudimos compartir en Lawnswood Gardens. Lejos de Somerest West y, sin embargo, tal vez no tan lejos. La modernidad viaja con su lado oscuro.

Entre otros, uno de mis privilegios fue ser intérprete de Bauman. Según sus palabras, mi trabajo era poner orden en el caos de su obra. Era un escritor compulsivo, como atestiguan sus cerca de 58 libros en inglés. Se trata de un rico legado de abordajes perspicaces de los signos de su tiempo, con los problemas de la vida cotidiana que caracterizó como “modernidad líquida”.

Por ello, este sería mi consejo para cualquier recién llegado: simplemente escoja un tema de los textos de Bauman y fíjese a dónde lo lleva. Tal vez del mismo modo que Simmel, él fue un impresionista sociológico que analizó la vida a través de fragmentos. Pero siempre siguió a Marx: sus preocupaciones se centraron en la cultura y en las asimétricas relaciones de producción y distribución. Y como Gramsci, nunca abandonó el convencimiento de que podríamos hacer las cosas mejor.

Ahora que ha terminado, ¿cómo podríamos caracterizar su obra? A lo largo de todo mi compromiso con Bauman lo he intentado varias veces: una crítica a la modernidad como exceso, una sociología de la población excedente, una teoría de las modernidades alternativas, incluyendo a la Alemania nazi, o una sociología del desperdicio. De modo más convencional podría describirse como una crítica a la modernidad sin ilusiones; como una teoría crítica de Europa del Este – y aquí el Este es relevante; o como un marxismo weberiano. Hay muchos otros proyectos, incluyendo una crítica a la razón clasificatoria. Su trabajo más reciente podría ser descrito como un diagnóstico de la actualidad, una crítica de los tiempos que corren, una serie de advertencias formuladas en un espíritu de esperanza.

¿Fue un ejemplo? Definitivamente; pero no fue un líder. Su ejemplo fue dejar en claro que cada quien debe seguir su propio camino. Ésta es la única manera de mantener viva la esperanza de una sociología crítica. ■

Peter Beilharz, Universidad Curtin, Australia

> La sociología en tiempos no sociológicos

por **Howard Ramos**, Universidad de Dalhousie y Presidente de la Asociación Canadiense de Sociología; **Rima Wilkes**, Universidad de Columbia Británica y Presidenta Electa de la Asociación Canadiense de Sociología; y **Neil McLaughlin**, Universidad McMaster, Canadá



Foto por Ariane Hanemaayer.

En los últimos años el mundo ha sido testigo de un ascenso del nativismo, la xenofobia, el voto por el Brexit y la elección de Donald Trump. La postverdad, las noticias falsas y las historias que culpan a individuos por problemas sociales generales están a la orden del día. Prosperan las valoraciones hiper simplistas, básicas e individualistas de los problemas sociales, lo que afecta el ambiente cultural en el que viven y trabajan los sociólogos.

Los abordajes sociológicos son cada vez más desestimados por los líderes mundiales. Por ejemplo Manuel Valls, ex Primer Ministro francés, dijo que la disciplina es una “cultura de excusas”, mientras que el ex Primer Ministro canadiense Stephen Harper era afecto a decir que no es

tiempo para “hacer sociología” cuando se lo interrogaba sobre las causas del terrorismo y de la violencia contra las mujeres indígenas. Parecería que la sociología está en fuera de sintonía con las tendencias generales.

Muchos líderes y legisladores, así como muchos otros fuera de la academia, no logran ver la utilidad de la sociología. Los intentos por comprender los orígenes sociales y las causas de la violencia, o por mitigar las condiciones que crean refugiados, pobreza y otras formas de desigualdad, son crecientemente desestimados por ingenuos o acusados de indulgencia con la violencia y el extremismo. Esta opinión ha llevado al cierre de departamentos en Asia y en Latinoamérica, y ha llevado a que la disciplina juegue un papel secundario con

>>

respecto a otras ciencias, particularmente la economía y la psicología.

Creemos que la sociología tiene que jugar un rol importante en los próximos años. Los problemas mundiales más acuciantes demandan el análisis de las dinámicas estructurales e históricas más generales, incluyendo la razón y el análisis sociológico.

Pero para lograrlo de forma efectiva la disciplina tiene que cambiar junto con los tiempos que corren. Los sociólogos tienen que ser más diversos, no sólo en términos de quienes practican la disciplina, sino también en las teorías, ideas y prácticas que adoptan. Desde afuera muchos ven la sociología como una disciplina moralista, que ofrece prescripciones predeterminadas para problemas sociales que sólo resultan convincentes para quienes se encuentran a la izquierda en el espectro político.

Podemos beneficiarnos de conocimientos de otras disciplinas, de una mayor apertura a las voces conservadoras, de la adopción de metodologías experimentales e innovadoras como el modelado no paramétrico, el aprendizaje automatizado y el modelado de sistemas adaptativos, hasta las nuevas formas de análisis visual y de análisis cualitativo interpretativo. De esta manera podremos abrir la disciplina a nuevas audiencias.

Los sociólogos también necesitan dirigirse a públicos más amplios, incluyendo a aquellos que no estén de acuerdo con sus conclusiones. Muchas veces se acusa a los sociólogos de usar una terminología opaca y sociologismos, como “socialmente construido”, que aparecen como argumentos irrefutables. Para evitar ser etiquetados como una élite, o ajenos a la realidad, necesitamos traducir nuestro conocimiento al lenguaje cotidiano que interpele a quienes se encuentran fuera de la academia.

Es importante también identificar oportunidades para la intervención sociológica y actuar con rapidez. Los soció-

logos deben considerar qué ha cambiado en las sociedades, enfocándose en los problemas sociales emergentes en lugar de quedarse estancados en lo que la disciplina piensa que sabe, que se basa en gran medida en teorías construidas para estudiar la revolución industrial o, más adelante, las experiencias del *baby boom*.

Tenemos que involucrarnos con las problemáticas de largo plazo que enfrentan las sociedades en todo el mundo, como las desigualdades de clase o la reconciliación con los pueblos indígenas y la descolonización, así como temas que han sido relegados en la disciplina como la adaptación al cambio climático, el crecimiento de la inteligencia artificial y la robótica, los cambios normativos y de las expectativas en torno al género y a la intersexualidad, o el ascenso de la autocracia en todo el mundo.

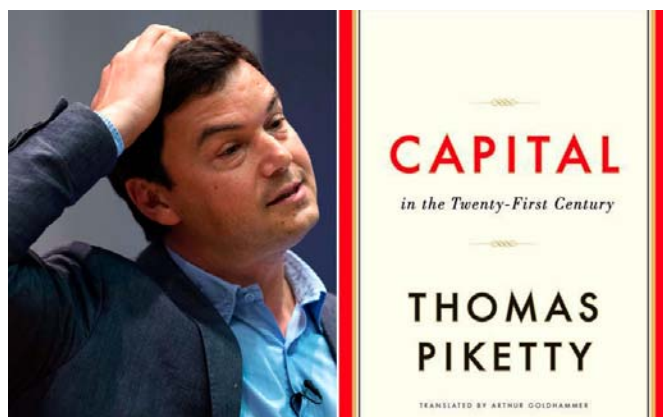
En la presente edición de *Diálogo Global*, los sociólogos canadienses Daniel Béland, Fuyuki Kurasawa, Patricia Landolt, Cheryl Teelucksingh y Karen Foster nos muestran cómo la sociología contribuye a la política pública y a la movilización de conocimientos, así como las claves que puede aportar para comprender las injusticias subyacentes en torno a la ciudadanía y el ambiente. Incluso en tiempos no sociológicos, los sociólogos pueden, y deben, marcarnos el camino.

Reconociendo humildemente los límites de nuestro conocimiento, respetando a aquellos con los que no estamos de acuerdo y abriéndonos a la posibilidad de que nuestras propias conclusiones nos sorprendan, los sociólogos podemos ayudar a desarrollar la alfabetización social necesaria para gobernar los tiempos que corren y, en este proceso, ayudaremos a divisar soluciones sustentables para muchos de los problemas sociales más acuciantes del mundo. ■

Dirigir toda la correspondencia a:
Howard Ramos <howard.ramos@dal.ca>
Rima Wilkes <wilkesr@mail.ubc.ca>
Neil McLaughlin <ngmclaughlin@gmail.com>

> Comprometer la sociología en la política pública

por **Daniel Béland**, Escuela de Postgrado de Políticas Públicas Johnson Shoyama, Canadá, y Presidente del Comité de Investigación de la ISA sobre Pobreza, Bienestar Social y Política Social (RC19)



Thomas Piketty, insurgente economista de la desigualdad. ¿Están los economistas eclipsando a los sociólogos?

políticas y si quieren que la disciplina sea relevante afuera de la academia, necesitan tomar el ejemplo de los economistas. Los sociólogos necesitan identificar el impacto potencial de su investigación en las políticas y entender cómo darlo a conocer entre los decisores políticos.

Esta tarea es especialmente importante porque los economistas están haciendo grandes avances en áreas de investigación que antes eran dominio de los sociólogos. A pesar de contar con algunas excepciones notorias (en Canadá se podría pensar en John Myles respecto de la política social y en Gérard Bouchard y Victor Satzewich en relación con la política migratoria), los sociólogos no son vistos, en general, como fuentes de consejo particularmente legítimas o importantes para las políticas – incluso en relación con la desigualdad, un área de investigación por mucho tiempo dominada por sociólogos que escriben sobre desigualdades de clase, de ingreso, de género o étnicas. Hasta hace poco, la mayoría de los economistas de la corriente hegemónica (es decir, no-marxistas) no le prestaron mucha atención a la desigualdad dado que no cuadraba bien dentro de los modelos neoclásicos. Recientemente, sin embargo, los economistas han comenzado a abordar la desigualdad, ofreciendo claras recomendaciones de política pensadas para reducirla. El libro de Thomas Piketty, *El capital en el siglo XXI* (2013), recibió una significativa atención por parte de los decisores políticos de todo el mundo. Dado que está escrito por un reconocido economista, y gracias a la posición dominante de la economía dentro de los círculos de políticas, el trabajo de Piketty está generando más atención que el de muchos sociólogos que publicaron previamente sobre las crecientes desigualdades.

En la mayor parte del mundo la sociología tiene un perfil más bajo que la economía dentro de los círculos de políticas – un estatus que se refleja en el despectivo mensaje del anterior Primer Ministro de Canadá, Stephen Harper, contra la sociología. Como sociólogo que trabaja en una escuela de políticas en Canadá, interactúo con economistas cotidianamente y uso su trabajo de manera sistemática en mi propia labor académica. Lo que es sorprendente de la economía, la ciencia social más prestigiosa dentro de los círculos de políticas, es su capacidad para hablar de problemas concretos de políticas usando sofisticadas herramientas teóricas y metodológicas.

Pero aunque este foco en las implicancias de las políticas es una fortaleza de la corriente hegemónica de la economía, la disciplina tiene sus vacíos. Entre ellos, uno clave es la tendencia a excluir temas que sociólogos y otros científicos sociales han reconocido desde hace tiempo como cruciales, complicando así el diálogo interdisciplinario sobre política pública.

Aún así, si los sociólogos esperan entrar al mundo de las políticas, si quieren trabajar para moldear los debates de

A pesar de, o quizá a causa de ello, los sociólogos necesitan hacer un esfuerzo extra para llegar a los promotores de políticas y a quienes toman decisiones. Los sociólogos tienden a ofrecer perspectivas más críticas e históricamente fundadas sobre las desigualdades que los economistas (por ejemplo, estudios que discuten las relaciones de poder asimétricas y su evolución en el tiempo en áreas concretas de políticas). Por ello es tan importante que su voz singular sea escuchada en los debates sobre desigualdad que se dan dentro de los círculos de políticas. En términos más generales, si los sociólogos quieren tener un rol más directo en la configuración del mundo que los rodea, la disciplina debería valorar más el trabajo en políticas aplicadas en relación con la desigualdad y otros temas.

Si aprendemos a acercarnos a los decisores con propuestas concretas de políticas en mano, podrían ver cuán relevante es la sociología para abordar uno de los problemas más acuciantes que enfrenta el mundo en la actualidad. Esto significa que los sociólogos que trabajan sobre desigualdad deberían pensar más cuidadosamente acerca del contexto de las políticas (por ejemplo, programas reales como el Complemento de Ingreso Garantizado de Canadá para personas mayores y el sistema de compensación federal del país) objeto de sus recomendaciones y considerar cuestiones como financiamiento e implementación – asuntos a los cuales tanto economistas y decisores de políticas les prestan mucha atención.

La segunda área de investigación que los sociólogos han dominado tradicionalmente – y en la que los economistas están entrando – es el análisis de la formación de normas y de la identidad. Así como Piketty puede ser la nueva cara de la economía en debates sobre la desigualdad social, el Premio Nobel en Economía George Akerlof y su colega Rachel Kranton son los referentes de lo que llaman *Economía de la identidad* (2010). La economía de la identidad se centra en el estudio de normas culturales (sobre cuestiones como relaciones de género y el trato hacia niños y personas mayores) y cómo ellas configuran el comportamiento humano, dos temas asociados fuertemente con la sociología como disciplina.

A pesar de no ser tan conocida como el trabajo de Piketty fuera de los círculos académicos, el surgimiento de la economía de la identidad es un fenómeno significativo porque, aun más que la desigualdad, las normas y la identidad han sido históricamente ignoradas por los economistas de la corriente hegemónica. Desde una perspectiva interdisciplinaria, es una buena noticia que al menos algunos economistas hayan descubierto finalmente las normas y las identidades, ya que esto podría llevar a un rico diálogo interdisciplinario. El trabajo de Akerlof y Kranton podría enseñarles a los sociólogos cómo los académicos que trabajan sobre estos temas pueden generar soluciones concretas a una multiplicidad de asuntos de políticas. Por ejemplo, estudiar cómo los jóvenes se ven a sí mismos en relación con los adultos puede ayudar a mejorar el rendimiento educativo o a formular políticas anti-tabaco más efectivas. Los sociólogos pueden haber ofrecido recetas de política similares en el pasado, pero la economía de la identidad nos recuerda que las normas y las identidades sociales son cuestiones centrales en la investigación sobre políticas. Esto debería alentar a más sociólogos que trabajan en el área a diseñar y proponer nuevas soluciones de políticas derivadas de sus análisis empíricos.

Estos ejemplos sugieren que, finalmente, los economistas de la corriente hegemónica le están prestando más atención a fenómenos sociales importantes que los sociólogos han estudiado desde hace tiempo. Estas nuevas oportunidades de colaboración interdisciplinaria también representan un desafío para los sociólogos que trabajan en estas áreas y que quieren marcar la diferencia: estos sociólogos y sus colegas en otros subcampos de la disciplina deben redoblar su apuesta para promover activamente sus consejos de política pública afuera de la academia. Deben usar los medios tradicionales y las redes sociales para llegar a los ciudadanos comunes, a los promotores y a los decisores de políticas, para asegurarse de que la sociología se vuelva un imperativo en los debates sobre políticas, y no algo que los políticos pueden simplemente dejar de lado con desprecio. ■

Dirigir toda la correspondencia a Daniel Béland
<daniel.beland@usask.ca>

> Los no-ciudadanos precarios en Canadá

por **Patricia Landolt**, Universidad de Toronto, Canadá, y miembro del Comité de Investigación de la ISA en Sociología de la Migración (RC31)

La sociología sigue siendo una voz crucial en el debate público porque pone en cuestión el entendimiento común de problemáticas sociales urgentes. Consideremos, por ejemplo, la inmigración. En Canadá y en otros países de acogida, la inmigración habitualmente se entiende como un movimiento permanente cuyo objetivo es incrementar la población nacional. La sociología de la migración muestra, no obstante, que la migración temporaria está creciendo, y que las políticas que promueven la migración están llevando a una no-ciudadanía precaria. Las perspectivas sociológicas ofrecen interpretaciones alternativas del actual sistema de inmigración y de su impacto en la desigualdad social.

El estatus legal y la ciudadanía son determinantes clave para el bienestar y la movilidad a nivel global. Pero también crean desigualdades. En los últimos años los estados han respondido a la creciente migración global creando nuevas categorías legales para los no-ciudadanos, institucionalizando trayectorias de no-ciudadanía, llevando a los migrantes a pasar años en un estatus legal incierto y empujándolos frecuentemente hacia la ilegalidad.

El acceso a la ciudadanía está siendo restringido cada vez más, mientras proliferan los sistemas extralegales de detención y deportación de migrantes. Esta transformación global toma distintas formas en cada país, pero al menos en Canadá, el cambio en la relación entre inmigración temporaria y permanente ha dado lugar al crecimiento de una no-ciudadanía precaria que se manifiesta en las condiciones de inmigración, los mercados laborales y las experiencias en el trabajo.

La no-ciudadanía precaria refiere a un estatus legal temporario o limitado y a las experiencias asociadas de inclusión diferencial. Un estatus legal precario significa que la persona tiene permiso para residir en el país sólo temporalmente, con un acceso limitado o vedado a los beneficios estatales. Pero lo más importante es que los no-ciudadanos precarios pueden ser deportados; el esta-

do puede utilizar la fuerza para detenerlos y deportarlos del territorio nacional.

Los no-ciudadanos precarios viven, trabajan, estudian y construyen sus familias en un país en el que sus derechos a estar, trabajar y acceder a los recursos estatales está restringido por ley. En Canadá, la población con estatus legal precario incluye a todas las categorías de trabajadores inmigrantes temporarios, estudiantes internacionales, refugiados, personas con visas especiales y cualquiera que no tenga algún estatus específico. En 2010 había entre 1,2 y 1,7 millones de no-ciudadanos precarios viviendo y trabajando en Canadá, un país con una población total de 34 millones.

En Canadá siempre ha existido una tensión entre el interés por recibir inmigrantes que aporten al crecimiento poblacional a largo plazo, y otros que actúen como suministro de mano de obra a corto plazo. Históricamente el balance entre estos objetivos de corto y largo plazo se resolvía a través de un sistema de inmigración de doble vía. Por un canal llegaban los inmigrantes temporarios, sujetos a importantes restricciones en relación con los lugares de trabajo, la posibilidad de instalarse con sus familias, y el tiempo de permanencia. Inmigrantes de este tipo fueron los hombres chinos que trabajaron en la construcción de ferrocarriles en la década de 1880, las mujeres caribeñas dedicadas al trabajo doméstico en la década de 1950 y los mejicanos que realizaron trabajo agrícola estacional en la década de 1970. El segundo canal ofrecía residencia permanente a aquellos inmigrantes seleccionados a través del Sistema Federal de Puntaje, basado en la educación, la competencia en la lengua oficial y los vínculos familiares. Hasta la década de 1990 ambos canales se mantuvieron discursiva y organizacionalmente separados. El primero, por el que llegaban trabajadores temporales excluidos de la ciudadanía, se mantuvo en buena medida oculto. El segundo, dedicado a traer inmigrantes para la construcción de la nación, tenía gran visibilidad y era el foco de nuestra celebración colectiva del modelo canadiense de inmigración.

“Los no-ciudadanos precarios están imbricados en el tejido social y económico de Canadá”

En los años 2000 la política migratoria federal acabó con el sistema de doble vía. En primer lugar, se restringió el criterio de elegibilidad para inmigrantes calificados independientes con el objetivo de retener solamente personas con una mejor situación económica, mayor nivel educativo e indicadores más claros de dominio de la lengua oficial. En segundo lugar, se limitaron los criterios de elegibilidad para la entrada de refugiados, solicitantes de asilo y familiares de residentes. Además, las calificaciones requeridas para los trabajadores extranjeros temporales se hicieron más flexibles, habilitando categorías profesionales de alta y de baja calificación. Por último, se establecieron nuevos mecanismos para que trabajadores migrantes temporales fueran seleccionados para gestionar una residencia permanente. Los empleadores son los principales intermediarios para determinar el tránsito de trabajador temporario hacia la residencia permanente. En síntesis, el canal que permitía la inmigración permanente se hizo más angosto, se amplió la posibilidad de migraciones temporales y se crearon nuevos mecanismos para cambiar del canal de migración temporal al permanente. Como resultado, los ingresos temporales a Canadá sobrepasan constantemente a los permanentes.

Los cambios en la relación entre migración temporal y permanente impacta en el mercado laboral, en tanto los trabajadores no-ciudadanos precarios se vuelven un elemento nuevo y más visible del panorama económico. Hasta la década de 1990 los migrantes temporales se concentraban en la producción estacional agroindustrial, el sector de servicios urbanos altamente calificado y los cuidados hogareños. Pero este patrón ha cambiado. Para 2011 los trabajadores temporales estaban presentes en

todas las provincias y territorios del país, en centros urbanos grandes y pequeños tanto como en zonas rurales. Junto con esta expansión geográfica vinieron la dispersión y la degradación ocupacional. En 2005 las cinco principales ocupaciones de los trabajadores temporales extranjeros eran altamente calificadas y se concentraban en las industrias creativas. En 2008 primaban en cambio los servicios en el sector de la restauración barata y de la construcción.

Trabajadores que tienen la ciudadanía y no-ciudadanos precarios que tienen distintos derechos en relación con el estado y con los empleadores comparten espacios de trabajo en todo Canadá, pero se sabe muy poco acerca de estos ámbitos laborales de estatus legal mixto. Podemos afirmar con seguridad que la presencia de trabajadores deportables en el mercado laboral tiene un impacto en todos los trabajadores. La información proveniente de otros países apunta a una erosión generalizada de los estándares laborales mínimos y de las condiciones de trabajo.

La no-ciudadanía precaria cambia el balance de poder entre los trabajadores, los empleadores y el estado, así como entre trabajadores con y sin ciudadanía. En particular, la deportabilidad de los trabajadores no-ciudadanos limita la posibilidad de reclamar y ejercer sus derechos en el mercado laboral. Por supuesto, esta diferencia entre ciudadanos y no-ciudadanos deportables estaba tan presente hace cien años como ahora. La novedad actual, en Canadá, es la centralidad de la no-ciudadanía precaria, incluyendo el aumento de la población afectada, los cambios en el sistema migratorio de doble vía y el grado de imbricación de estos no-ciudadanos precarios en el tejido social y económico del país. ■

Dirigir toda la correspondencia a Patricia Landolt
<landolt@utsc.utoronto.ca>

> La sociología a través de la justicia ambiental

por **Cheryl Teelucksingh**, Universidad Ryerson, Canadá



Manifestantes marchan contra la exploración de gas de esquisto en Nuevo Brunswick, Canadá.

Las ciudades en todo el mundo están presenciando un aumento del racismo y el nativismo, pero Toronto parece haber esquivado esta tendencia. Esto podría causar sorpresa, dado que Toronto es una de las ciudades más multiculturales del mundo y, como otras grandes ciudades, también alberga las mejores y las peores condiciones urbanas.

Durante el año pasado ha habido un aumento de protestas urbanas alrededor del mundo, y Toronto no ha sido la excepción. Disputas surgidas de las elecciones de 2016 en Estados Unidos; protestas de víctimas de la crisis del agua en Flint, Michigan; acciones masivas lideradas por indígenas contra el oleoducto en Standing Rock, Dakota del Norte; o los desafíos del movimiento *Black Lives Matters* [Las vidas negras importan] a una panacea post-racial que nunca existió. Son todos ejemplos de protestas lideradas por *millenials* (la Generación Y) y dirigidas a los medios y las calles.

También surgieron tensiones y movilizaciones similares en Toronto, donde la mayoría de la población nació en el extranjero y muchos son racializados. Para algunos ha sido impactante ver la aparición de incidentes racistas en una ciudad conocida por su multiculturalismo. El movimiento *Black Lives Matter* de Toronto retrasó el principal desfile del Orgullo Gay de la ciudad en protesta contra la violencia poli-

cial, y los refugiados tamiiles bloquearon una de las autopistas más importantes, un recordatorio para los residentes de la ciudad del grado en que la población racializada es social y espacialmente segregada en los suburbios.

Más que tratar estos eventos como tensiones políticas y económicas aisladas que apelan a diferentes formas de activismo o intervención, es crucial que los sociólogos vean los vínculos entre los problemas, el activismo y la acción con el fin de presionar por reformas de políticas. Sostengo que la justicia ambiental ofrece un marco general para que la sociología haga exactamente eso.

La justicia ambiental es tanto un marco teórico como un movimiento social que busca incorporar cuestiones de justicia social en los movimientos ambientales. Al ampliar las nociones tradicionales y excluyentes asociadas a la conservación con visiones más inclusivas del ambientalismo, la justicia ambiental integra un amplio rango de problemas sociales y ambientales, desde salud, vivienda y planeamiento urbano hasta vigilancia.

Como aproximación al activismo, la justicia ambiental se basa en estrategias de protesta asociadas con el movimiento de derechos civiles – bloqueos, peticiones y campañas mediáticas – para luchar por políticas sociales y ambientales

>>

les proactivas. Inspirada en el influyente trabajo de Robert Bullard, la justicia ambiental se ha vuelto un modelo de sociología orientada a las comunidades, que es receptiva y adaptada a las interrelacionadas preocupaciones sociales, políticas, económicas y ambientales actuales.

Es su forma inicial, la justicia ambiental se enfocó en señalar la desigual distribución espacial de los riesgos ambientales experimentados por la población marginada, racializada, de bajos ingresos e indígena. En Canadá, esto ha implicado atribuir un nombre al perdurable legado colonial de infraestructura deficiente y a la falta de consulta con la población indígena sobre decisiones atinentes al suelo y los recursos que impactan en sus comunidades. Al respecto, las preocupaciones compartidas sobre derechos de tierra, salud y riesgos de los ecosistemas crean vínculos entre las cuestiones de justicia ambiental y generan una obvia conexión entre protestas indígenas contra el desarrollo de arenas de alquitrán en Alberta y la protesta por el oleoducto Dakota Access en Standing Rock.

La justicia ambiental en centros urbanos, incluyendo Toronto, también ha ofrecido un marco para cuestionar el statu quo y avanzar soluciones a los desiguales procesos de desarrollo urbano. Estas tendencias están relacionadas con una sistemática desinversión en las comunidades racializadas de bajos ingresos, lo que resulta en menos espacio verde y menos opciones de comida saludable, así como en la falta de vivienda económicamente accesible, menor acceso al transporte público y mayores niveles de vigilancia y estigma social.

Los sociólogos ambientales canadienses, al igual que otros alrededor del mundo, están examinando cómo las organizaciones ambientales no gubernamentales, los medios y las políticas de gobierno encuadran y responden a las necesidades de los canadienses marginados. Su trabajo echa luz sobre las injusticias ambientales, toda vez que preguntamos quién obtiene qué y por qué medios.

Las inequidades en el acceso a recursos y al poder atraviesan muchas de las corrientes actuales de activismo, y pueden unirlos. En Toronto, y globalmente, el privilegio blanco se asocia con ventajas económicas, sociales y ambientales. Los patrones históricos de toma de decisión han reforzado las estructuras de poder existentes y mantenido el statu quo. De este modo, mientras los buenos barrios mejoran, los barrios pobres se deterioran aún más.

Más recientemente, la justicia ambiental ha sido usada en Toronto como estandarte en las protestas contra la expansión de las arenas de alquitrán del petróleo sucio de Alberta y contra las crecientes desigualdades de la globalización. Mientras las corporaciones multinacionales relocalizan las instalaciones manufactureras en países menos desarrollados, donde los salarios son más bajos y las regulaciones ambientales menos estrictas, la globali-

zación establece vínculos entre los pobres y racializados – aquellos que son vulnerables a las injusticias ambientales en sus lugares de trabajo, hogares y comunidades – tanto local como globalmente.

El cambio climático es una preocupación global para los sociólogos que trabajan en justicia ambiental. En Canadá, la política de justicia climática se complica debido a que el país depende del combustible fósil como motor económico, cuyos beneficiarios tienden a ver los efectos del cambio climático o las preocupaciones sobre la expansión de los oleoductos como distantes y manejables. En contraste, en naciones menos desarrolladas que son más vulnerables a los desastres naturales y que cuentan con infraestructuras más precarias, asentamientos costeros más amplios y mayor dependencia en la pesca y la agricultura de subsistencia, el impacto del cambio climático causado por las emisiones de carbono parece más inmediato. Por lo tanto, es absolutamente necesario para Canadá encuadrar las decisiones locales sobre energía en el contexto de sus consecuencias globales.

Tomados en conjunto, estos ejemplos muestran que hay al menos tres aspectos de la justicia ambiental que pueden informar una “sociología comprometida” en estos tiempos de crisis y protesta.

En primer lugar, los sociólogos deben abrirse a los enfoques interdisciplinarios. La justicia ambiental se apoya en métodos cualitativos, cuantitativos, espaciales y legales, y se basa en marcos teóricos de la geografía, el derecho, el planeamiento urbano, la salud pública y la sociología. Algunas investigaciones de justicia ambiental han apuntado a descubrir las narrativas y experiencias de quienes sufren riesgos ambientales, racismo y otras opresiones a menudo ignoradas. Estas narrativas ocultas son un punto de partida importante para estudiar el proceso de cambio.

En segundo lugar, los sociólogos deben abogar por reformas en las políticas sociales y ambientales del gobierno y del sector privado. Nuestra comprensión de los problemas sociales y ambientales está en constante evolución, y se necesitan intervenciones de justicia ambiental tanto a nivel local como global para proteger a las poblaciones vulnerables que resultan desproporcionadamente afectadas por los riesgos de salud, económicos y ambientales asociados al cambio climático.

Por último, y más allá de la implementación de políticas, los sociólogos deben asumir un rol de control y evaluación de nuevas políticas desde la perspectiva de las comunidades marginadas, una tarea que se beneficiaría de un abordaje interseccional. Al abordar estas cuestiones desde la óptica de la justicia ambiental, los sociólogos pueden ayudar a fortalecer la relación entre las políticas y la construcción de un mundo socialmente más justo. ■

Dirigir toda la correspondencia a Cheryl Teelucksingh <teeluck@arts.ryerson.ca>

> La sociología en un tiempo

(nunca del todo) como cualquier otro

por **Karen Foster**, Universidad de Dalhousie, Canadá



Visto en una casa en Halifax, Nueva Escocia, Canadá, en febrero de 2017.
Foto por Karen Foster.

– y en ellos esperanza – y pistas sobre qué hacer a continuación.

Puede ser muy fácil ver las rupturas en la historia, y muy difícil ver las continuidades. La sociología y sus hermanas han declarado muchas rupturas, finales y comienzos – el Fin del Trabajo, el Fin de la Historia e incluso el fin de la sociología! Sin embargo, gracias a nuevas investigaciones y con el paso del tiempo estas afirmaciones se han moderado. Con cada ruptura siempre hay hilos de continuidad. El pronunciamiento de Foucault suena cierto: cada momento es “un tiempo como cualquier otro, o más bien, un tiempo que nunca es del todo como cualquier otro”.

Nuestra tarea como sociólogos – especialmente para aquellos que hacemos sociología histórica – es rastrear los hilos que pueden vincular lo que está ocurriendo ahora con lo que venía ocurriendo antes, para no perdernos causas ocultas o atribuir las erróneamente a variables intervinientes. La sociedad democrática

>>

Para muchos, 2016 marcó el fin del mundo tal como lo conocíamos. Las revueltas populistas representadas por el voto del Brexit y la victoria electoral de Trump, la violencia de Duterte en Filipinas y el resurgimiento de gobiernos y partidos políticos autoritarios han sacudido el orden capitalista democrático neoliberal. Junto con estas tendencias políticas, hemos visto extenderse las “falsas noticias” y una creciente reacción contra la “corrección política” alrededor del globo, pro-

clamando lo que algunos ven como una nueva era de “posverdad”.

Pareciera ser que los hechos no cuentan tanto como las opiniones y las emociones. La compasión por los “otros” ha caído a su punto más bajo y corremos el riesgo de repetir algunas de las peores atrocidades antrópicas que el mundo haya visto. En tiempos políticos como éstos la sociología se vuelve objeto de mofa, pero si aplicamos imaginación sociológica podríamos ver matices ocultos

liberal, cuya pérdida puede que nos veamos forzados a lamentar, llevaba en sí misma, al menos en parte, las semillas de su destrucción; reconstruirla exactamente como fue no es la respuesta correcta.

Incluso la evidente transformación de la relación de la sociología con la sociedad – a través del estado gobernante, las organizaciones civiles o la universidad – debe ser adecuadamente historizada y críticamente evaluada. Tanto los practicantes como las ideas de nuestra disciplina han tenido una relación ambigua con el poder, nunca han estado completamente “con” las élites pero tampoco totalmente “al margen” de ellas.

Los sociólogos, por ejemplo, fueron algunos de los primeros expertos que el gobierno de los Estados Unidos convocó para *literalmente* redibujar las fronteras nacionales en la Europa de la primera posguerra. Pero muchos de ellos, incluido W.I. Thomas, de la Universidad de Chicago, fueron despedidos y públicamente humillados cuando sus ideas de internacionalismo, identidad nacional y orden social entraron en conflicto con la visión de los Aliados.

Es importante también señalar que Thomas y otros sociólogos rechazados por los círculos políticos de la posguerra no se preocuparon sobre cómo adaptar la sociología a la agenda del gobierno. No hicieron concesiones sobre los resultados de su investigación para servir al gobierno. Sin embargo, trabajaron directamente con los pobres, los inmigrantes y otros marginados, y crearon instituciones para protegerlos y promover sus intereses.

Algunos de los enredos de la sociología con el gobierno y los movimientos sociales fueron horribles. El movimiento eugenésico es un ejemplo duro e impactante. Incluso lo que

puede parecer comparativamente benigno, como el papel central que nuestra disciplina dio a la Escuela de Relaciones Humanas de mediados del siglo XX, implicó a la sociología en el sufrimiento humano – en este caso, a través de los costos que la organización industrial del trabajo ha tenido para las personas y la sociedad.

Estos son el tipo de ejemplos históricos que hay que examinar si nuestros peores miedos sobre el autoritarismo y el fascismo en el período contemporáneo se vuelven realidad. Actualmente estamos preocupados por la sociología como *práctica*. Si lo peor sucede, necesitaremos revisar y refinar la *profesión*, y reforzar nuestros códigos de ética para no poner nuestras habilidades y conocimientos al servicio de la injusticia. Los sociólogos han sido expertos en autoritarismo, pero no siempre lo han resistido.

Los sociólogos también tienen que reconocer que la sociología nunca ha sido una disciplina homogénea y monolítica, y que nunca ha tenido un único tipo de relación con las fuerzas y las instituciones que dirigen la vida social. Por ser un cuerpo multifacético de conocimiento, métodos y teorías, no gana el favor ni cae en desgracia de repente.

Por ejemplo, luego de la elección presidencial en Estados Unidos, justo cuando creíamos que nadie quería oír una explicación sociológica, la obra *Strangers in Their Own Land* [Extraños en su propia tierra] de la socióloga Arlie Russell Hochschild, que analiza al típico votante de Trump, se convirtió en un bestseller del *New York Times*.

El último trabajo de Hochschild es, entre otras cosas, una obra de sociología rural, una subdisciplina que ofrece muchas oportunidades para influenciar la política pública. Los decisores de políticas que trabajan en

comunidades periféricas, en las que los costos de la globalización siempre parecen sobrepasar a los beneficios, están reconociendo que algunos de sus presupuestos básicos – por ejemplo, la conveniencia del crecimiento económico a cualquier costo, la viabilidad de economías exportadoras y la propia noción de que más grande significa necesariamente mejor – ya no son útiles o sostenibles. También han experimentado lo que sucede cuando las políticas públicas o institucionales no prestan atención a los comportamientos, valores, normas y creencias colectivos.

Una número importante de personas, académicos y decisores de políticas alrededor del mundo están desarrollando ideas económicas alternativas. Con fundamentos ecológicos y económicos, cada vez más investigadores y activistas están cuestionando la incesante búsqueda del crecimiento económico. Internacionalmente, una comunidad emergente está trabajando para desestabilizar las medidas de éxito económico, como el PIB, que tanto han guiado las políticas nacionales e internacionales. Estos esfuerzos desestabilizadores tienen el potencial de abrir “otros mundos” – aunque también tienen el potencial de servir los mismos objetivos que se supone que critican.

Esa es la razón por la cual la labor del sociólogo nunca está acabada. Todavía hay necesidad de conocimiento sociológico. Si tenemos la sensación que nuestras ideas han perdido atractivo, o que nuestra disciplina se ha degradado, necesitamos ser más precisos sobre lo que realmente ha cambiado. Esa precisión solo se logrará a través del atributo que hace a la sociología algo coherente a pesar de su heterogeneidad: la imaginación sociológica. ■

Dirigir toda la correspondencia a Karen Foster
<Karen.Foster@Dal.Ca>

> Involucrarse con los medios de comunicación

por **Fuyuki Kurasawa**, Universidad de York, Canadá, y miembro del consejo del Comité de Investigación de la ISA en Teoría Sociológica (RC16)



ca de cruciales debates sociales, políticos, culturales y económicos sean escuchadas por públicos más amplios.

Además, vincularnos con los medios nos vuelve mejores sociólogos públicos y profesionales. Permite encontrarnos con un amplio espectro de ideas, opiniones y experiencias a las que de otra manera no tendríamos acceso, y al mismo tiempo nos obliga a reflexionar sobre nuestro trabajo y contextualizarlo para presentarlo a audiencias no acostumbradas al discurso académico.

Desde una perspectiva global, la experiencia canadiense ofrece lecciones valiosas. Sus dos esferas públicas dominantes, basadas en distintas lenguas, engloban y reflejan las dos formas más comunes en que las organizaciones mediáticas ven a los sociólogos en todo el mundo. Por otra parte, ilustran dos estrategias diferentes de participación sociológica en los debates públicos de los medios, ya sea como profesionales especialistas o como intelectuales públicos.

En el Canadá de habla inglesa, así como en el resto del mundo angloamericano, la sociología profesional es el modo más común de practicar la disciplina. Los medios acuden a los sociólogos fundamentalmente como especialistas en algún tema puntual que esté recibiendo cobertura (por ejemplo, el asentamiento de

El momento actual difícilmente parezca propicio para invitar a los sociólogos a involucrarse con los medios de comunicación. La proliferación de nacionalismos populistas y fundamentalismos religiosos está alentando a políticos y celebridades – categorías que parecen difuminarse cada vez más en nuestra era de infotainment – a declarar abiertamente su ignorancia u hostilidad contra todo tipo de saber experto. Los sociólogos pueden llegar a afrontar animosidad política o indiferencia popular, en tanto revelan verdades incómodas capaces de horadar o contradecir abiertamente dogmas muy arraigados, así como sentidos comunes sobre el mundo social que se han naturalizado, sacralizado (profana o teológicamente) y que parecen autoevidentes.

El llamado a involucrarse con los medios se enfrenta también con la creencia extendida dentro de la co-

munidad sociológica que ve las organizaciones mediáticas como instrumentos del poder corporativo o estatal, y a los sociólogos que trabajan con agencias de noticias como dilutantes cobardes y superficiales que buscan publicidad sin comprometerse con el trabajo académico serio. Además, la reciente multiplicación de guías para académicos interesados en captar nuevos públicos a través de las redes sociales ha involuntariamente promovido la percepción de que los medios convencionales van quedando relegados al basurero de la obsolescencia tecnológica y cultural.

Más allá de los núcleos de verdad que se puedan encontrar en estos argumentos, desentenderse de los medios priva a los sociólogos del acceso a los instrumentos de la comunicación de masas. El alcance de los medios de comunicación no tiene parangón, justo en un momento en que necesitamos que las perspectivas sociológicas acer-

refugiados sirios o el acoso psicológico alimentado por las redes sociales en las escuelas secundarias). Al mismo tiempo, en línea con las tendencias estadounidenses y británicas, la sociología anglocanadiense se mantiene confinada a un lugar relativamente subordinado en el espacio público, en comparación con la economía, la psicología o la ciencia política, cuyos profesionales han gozado tradicionalmente de mayor presencia como panelistas en programas televisivos y radiales prestigiosos, así como en periódicos de renombre.

En el Quebec francófono, en cambio, la sociología ocupa un rol público que rivaliza, y frecuentemente sobrepasa, su rol profesional – de forma similar a lo que sucede en América Latina y Europa continental, donde la disciplina tiene un grado relativamente alto de prestigio intelectual y de consideración social y cultural. Los sociólogos han contribuido de manera importante a la articulación de los fundamentos sociales y culturales de la identidad colectiva y la nacionalidad quebequés desde la anticlerical y modernizadora “Revolución tranquila” de la década de 1960. Como resultado, en Quebec se tiende a ver a los sociólogos como intelectuales públicos y generalistas. Los periodistas o presentadores suelen contactarlos para que opinen sobre cuestiones sociales y políticas amplias, preguntándoles lo que piensan “como sociólogo” sobre algún asunto en particular.

Aunque estas observaciones se deriven del contexto canadiense, la dualidad del posicionamiento sociológico – ya sea como profesión especializada o como ocupación intelectual pública – se puede generalizar a muchos otros escenarios. Además, dado que sus riesgos y beneficios difieren, cada uno de estos modos de practicar la sociología implica un conjunto de estrategias de involucramiento mediático distintas – a la vez que ofrecen enseñanzas valiosas para todos los practicantes de la disciplina.

En el mundo angloamericano, en el que la legitimidad de la sociología

está menos establecida y se basa fundamentalmente en la especialización profesional, se pueden seguir tres principios para promover la disciplina:

• **Comprenda dónde está parado.**

Estudie el sustrato ideológico y profesional del campo mediático nacional para captar los roles a los que puede ser convocado. ¿Por qué los productores y periodistas acuden a usted? ¿Con qué fines se solicita su conocimiento experto? Y ¿cómo se contextualizarán sus afirmaciones en un artículo o durante una participación televisiva?

• **Adopte una dieta variada.** Aplique el principio sociológico de la muestra representativa a las entrevistas que conceda, buscando hablar con fuentes de noticias menos prestigiosas o consagradas, como las radios comunitarias y los diarios locales. Esto le permitirá llegar a una audiencia que puede no estar tan familiarizada con el punto de vista sociológico sobre un tema en particular, pero a la vez curiosa por conocerlo.

• **Opinar es fácil, pero los hechos (sociológicos) se consiguen con mucho esfuerzo.** En la era de las redes sociales, todos tienen una opinión y una plataforma desde la cual difundirla. Su *differentia specifica* como especialista profesional, entonces, proviene de su habilidad para poner en juego hallazgos de investigación y citar hechos que refuten ideas populares erróneas, así como para ubicar eventos particulares dentro de contextos sociohistóricos y comparativos más amplios.

Para lugares como América Latina, Europa continental y el Quebec francófono, donde los sociólogos suelen cumplir el rol de intelectuales públicos y el involucramiento mediático se abstiene de la especialización profesional, ofrezco dos propuestas:

• **Dé forma al encuentro.** Teniendo en cuenta que periodistas y productores normalmente le realizarán una entrevista previa, y valoran mucho su consejo, aproveche la oportunidad para elegir el ángulo desde el cual

encarar la historia. Sugiera líneas alternativas de indagación, recomiende otra persona para ser entrevistada, o siga la cuestión enviando informes, datos o incluso (¡tome nota!) artículos de revistas especializadas o libros sobre el tema.

• **Manténgase enfocado.** Dado que será visto como un intelectual público, será tentador realizar pronunciamientos generales sobre el estado del mundo o especular sobre relaciones causales. En cambio, trate de llevar de nuevo la entrevista hacia sus áreas de especialización. Hágalo de una manera concisa, focalizándose en puntos clave, ofreciendo análisis que sean accesibles sin diluirlos ni volverlos simplistas.

Un último punto se aplica a todos los contextos: **gestionar los tiempos es fundamental.** Las plazos reducidos y el interés efímero por las noticias son principios sacrosantos para los medios. Tiene que encontrar un balance entre adaptarse a los requerimientos mediáticos de último minuto y su propia agenda. Reporteros, productores y editores no pueden ni van a esperar a que usted encuentre el tiempo para concederles una entrevista o para publicar su columna de opinión cuando la historia ya se haya saturado o se haya diluido de la conciencia pública.

En lugar de sugerirles a los sociólogos que se conviertan en parlanchines grandilocuentes o en expertos aburridos, les propongo una renovada colaboración con los medios. Nos corresponde a nosotros desarrollar el doble objetivo de la sociología como vocación pública y disciplina profesional, como una alternativa al giro hacia las relaciones públicas, los tópicos empresariales y el oportunismo cínico que en estos tiempos turbulentos a menudo pasan por sabiduría. ■

Dirigir toda la correspondencia a Fuyuki Kurasawa
<kurasawa@yorku.ca>

> Universidades de EEUU:

¿un nuevo sitio para las luchas de los inmigrantes?

por **Sandra Portocarrero** y **Francisco Lara García**, Universidad de Columbia, EE.UU.



Estudiantes universitarios en Estados Unidos reclaman que sus campus sean lugares de refugio para los estudiantes indocumentados.

que caracterizó la campaña de Trump se diseminó como el fuego. En lo inmediato, los beneficiarios de DACA temieron que las protecciones otorgadas por la administración Obama fueran sumariamente rescindidas. Pero el sentimiento de ansiedad va mucho más lejos: migrantes de todos los estatus temen ser afectados por nuevas restricciones draconianas a la inmigración.

Estos miedos fueron confirmados el 27 de enero de 2017 cuando el presidente firmó una orden ejecutiva para impedir la entrada al país de personas de siete naciones mayoritariamente musulmanas. Dado el lenguaje genérico de la orden y su desigual implementación, inmigrantes de todas las nacionalidades y estatus legal – incluyendo refugiados y ciudadanos estadounidenses – quedaron envueltos en un ruedo frenético, alimentando protestas en todo el país. Todos los inmigrantes, independientemente de que fueran refugiados, estudiantes con visa o residentes permanentes, se despertaron en un Estados

El 15 de junio de 2012, la administración Obama anunció la creación del programa de Acción Diferida para los Llegados en la Infancia (DACA, por su sigla en inglés), modificando la política migratoria de Estados Unidos para permitir que aproximadamente 1,7 millones de jóvenes inmigrantes indocumentados que entraron al país siendo niños recibieran un recurso administrativo renovable que evitaba la deportación por dos años. DACA también amplió la elegibilidad para obtener permisos de trabajo a estos jóvenes indocumentados y proveyó mayor acceso a la

educación superior. La mayoría de los residentes en los Estados Unidos dan por sentado la libertad de caminar sin miedo a ser deportado, de aplicar para un trabajo u obtener educación. DACA amplió estas libertades a los jóvenes e indocumentados, permitiendo así que personas que consideran a los Estados Unidos como su hogar gocen de estas prerrogativas con tranquilidad, al menos durante el período diferido.

Luego de la elección de Donald Trump como presidente de los Estados Unidos, esta tranquilidad fue trocada por ansiedad. El miedo derivado de la retórica anti-inmigratoria

Unidos en el que la probabilidad de ser interrogado o detenido, o incluso de tener prohibida la entrada al país, había crecido drásticamente. Las directivas del Departamento de Estado incluso restringieron la entrada a los ciudadanos estadounidenses que tienen doble nacionalidad con los países mencionados en la prohibición.

De la noche a la mañana, la vulnerabilidad pareció haberse extendido no solo a los indocumentados sino casi a cualquier inmigrante. Aunque una Corte Federal de Seattle se movilizó rápidamente para bloquear la orden, el episodio entero dio a entender que la política inmigratoria de Trump prestaría poca atención a las diferencias – una preocupación que se reforzó el 6 de marzo de 2017 cuando una nueva orden ejecutiva del presidente bloqueó la entrada a los Estados Unidos a ciudadanos de seis países predominantemente musulmanes, una de las intervenciones más duras en política inmigratoria en décadas.

Estos conflictos se han vuelto evidentes, más que en cualquier otro ámbito, en los *colleges* y universidades de Estados Unidos. Las universidades públicas y privadas albergan crecientemente grupos heterogéneos de migrantes entre sus académicos, personal administrativo y estudiantes. El programa DACA de la administración Obama expandió esta diversidad: sus receptores, finalmente habilitados para inscribirse en los *colleges*, se sumaron a universidades repletas de estudiantes internacionales y cuyas clases son dictadas por un profesorado compuesto por la clase inmigrante más educada. Ninguna otra institución contemporánea reúne tanta gente de diferentes clases, razas y etnias, o de tan diverso estatus como inmigrante.

Por lo tanto, no sorprende que las universidades a lo largo del país se hayan unido a las tantas voces que

objetan la prohibición de viajar. El 13 de febrero de 2017 dieciséis universidades de Estados Unidos, incluyendo todas las universidades de la Liga Ivy, presentaron una carta contra la orden ejecutiva de Trump en la Corte Distrital de los Estados Unidos para el Distrito Este de Nueva York. La carta afirma que “la preocupación por la seguridad puede ser abordada de una forma que sea consistente con los valores que Estados Unidos ha sostenido siempre, incluyendo la libre circulación de ideas y de personas a través de las fronteras y la bienvenida de los inmigrantes a nuestras universidades”.

De manera similar, la Asociación Americana de Sociología (ASA, por su sigla en inglés) publicó una nota el 30 de enero de 2017 en oposición a la primera orden ejecutiva de Trump, y en la que incluye sugerencias sobre cómo implementar la acción colectiva de manera efectiva. Como sociólogos, la ASA nos recuerda que estamos insertos en una gran red de organizaciones, una red que puede ser más efectiva si nos volvemos proactivos y colaboramos. En un momento en el que un individuo con una retórica hostil y anti-inmigratoria ha sido elegido presidente de los Estados Unidos, las instituciones académicas se han visto forzadas a pasar de observadoras a participantes activas en el tejido de la sociedad, reflejando, como dice Michael Burawoy¹, la posición privilegiada que las universidades tienen en el mundo actual, a la vez dentro y fuera de la sociedad, simultáneamente participantes en y observadoras de la sociedad. Dicho de manera diferente, estas afirmaciones públicas convierten el campo de la sociología en un campo de poder.

Los sociólogos harían bien en prestar atención a las dinámicas emergentes entre diferentes grupos inmigrantes en los campus universitarios – un nuevo fenómeno que quizá sea

propio del contexto universitario. En la actualidad, las instituciones que emplean o representan inmigrantes en general defienden a migrantes de un perfil económico y un nivel educativo específicos: por ejemplo, las cámaras agrícolas hacen lobby a favor de políticas que garanticen la amplia disponibilidad de trabajadores agrícolas de baja paga, mientras que las empresas de tecnología de Silicon Valley quieren facilitar el reclutamiento y la contratación de ingenieros altamente calificados y científicos especializados en computación. Pero la universidad estadounidense, al reunir grupos inmigrantes tan diversos, posee un potencial inusual para fungir como lugar de organización para los movimientos sociales inmigratorios o para resistir de manera efectiva la agenda de Trump. Alternativamente, el fracaso en la materialización de esta cooperación también podría ser aleccionador si revela los límites de la colaboración interseccional y los desafíos de construir redes solidarias robustas entre grupos inmigrantes.

Al final de cuentas, en la medida en que la sociedad civil estadounidense responda a los desafíos de la era Trump, los sociólogos tendrán que prestar atención a las dinámicas entre grupos de migrantes dentro de las universidades. Puede que sea temprano para evaluar su significación en sentido amplio, pero cuando llegue el momento necesitaremos un enfoque que teorice la inusual posición de la universidad estadounidense, recordando que las universidades son espacios multidimensionales en la intersección de intereses divergentes. ■

Dirigir toda la correspondencia a:
Veronica Portocarrero <svp2118@columbia.edu>
Francisco Lara García <f.laragarcia@columbia.edu>

¹ “Redefining the Public University: Developing an Analytical Framework,” *Transformations of the Public Sphere*, Social Science Research Council, 2011.

> El equipo argentino de *Diálogo Global*

por **Juan Ignacio Piovani**, miembro de los Comités de Investigación de la ISA en Investigación de los Futuros (RC07) y en Lógica y Metodología (RC33), **Pilar Pi Puig** y **Martín Urtasun**, Universidad Nacional de La Plata, Argentina

Nos sumamos a *Diálogo Global* en 2016, después de cinco años de impecables traducciones al español realizadas bajo la supervisión de Majo Álvarez Rivadulla en Colombia. Desde entonces cada edición ha sido un desafío y una oportunidad para aprender: luego de semanas de intenso trabajo nos quedamos con la grata sensación del trabajo cumplido.

La traducción nunca es una tarea sencilla. Como señaló recientemente el equipo rumano, un primer problema son los neologismos que aún no han sido traducidos formalmente. Pero dado que el español se utiliza ampliamente tanto en la academia como en organizaciones internacionales, contamos con una gran variedad de fuentes – artículos, informes, documentos oficiales, etc. – para buscar equivalentes en nuestro idioma para los neologismos sociológicos y políticos en inglés. Sin embargo, esta misma difusión del idioma implica, en sí misma, un desafío. El español es el idioma oficial en 21 países y tiene casi 500 millones de hablantes nativos en todo el mundo. Cada región, incluso en los ámbitos académicos, ha desarrollado una versión propia de la lengua, con términos diferentes para expresar un mismo concepto. Para superar este inconveniente dedicamos mucho tiempo a pensar cuál sería, en cada caso, el español más “neutro” posible o, alternativamente, cómo mantener el equilibrio entre las distintas variantes lingüísticas locales y regionales.

Aun así, las complejidades de los múltiples contextos de enunciación y recepción van más allá de un idioma en particular. Por ejemplo, traducir una palabra inglesa que tiene un supuesto equivalente “transparente” en español – *liberal* – demostró ser una tarea por demás compleja. Dado que en el artículo en inglés el término se usaba para dar cuenta de la orientación ideológica de un político, nuestra primera opción en español fue recurrir a la palabra *liberal*. Pero tanto en España como en la mayoría de los países de América Latina liberal tiene una connotación conservadora. Una alternativa era el uso del término *progresista*, aunque en muchos contextos latinoamericanos esta palabra se asocia con el pensamiento de izquierda. En este sentido, hubiera sido totalmente inapropiado considerar progresistas a políticos que, si bien pueden ser abiertos

en relación con los valores familiares, por citar tan solo un ejemplo, por otro lado dan su apoyo a las políticas neoliberales, la intervención militar a gran escala en el extranjero y otras políticas similares (como tienden a hacer muchos de los llamados liberales en las naciones desarrolladas). Por lo tanto, traducir este tipo de términos implica una minuciosa investigación sobre las posibles alternativas y sus connotaciones.

Otro problema que solemos enfrentar está relacionado con la distinción de género en los sustantivos, que tiene grandes diferencias en el inglés y el español. Por supuesto, los responsables editoriales de *Diálogo Global* están al tanto de las luchas de las mujeres en todo el mundo, y la revista incluye artículos sobre los derechos de las mujeres, cuestiones de género y debates feministas en distintos países. Por otra parte, muchos especialistas sostienen que el español (como otras lenguas) posee sesgos de género; por ello, algunos autores – especialmente cuando abordan las desigualdades de género y temas afines – podrían elegir deliberadamente una estrategia de escritura que evite estos sesgos, o que incluso altere los géneros establecidos en las reglas formales de la lengua. Pero como en muchas ocasiones traducimos textos en inglés que fueron escritos originalmente en un tercer idioma (en el que los sesgos de género pueden ser más evidentes), las decisiones que el autor haya tomado con el fin de combatir la escritura sexista en su lengua materna podrían quedar involuntariamente ocultas u opacadas en nuestras traducciones.

A diferencia de otros equipos editoriales, optamos por concentrar el trabajo de traducción en un grupo reducido, perteneciente al Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata. Una vez que recibimos la versión en inglés, Pilar y Martín se reparten los artículos siguiendo criterios de afinidad temática e interés personal. Cada uno realiza la traducción por su cuenta y luego hacen un control cruzado. Finalmente, Juan realiza una revisión general y detallada de todas las traducciones. A lo largo de todo este proceso contamos con los invaluable consejos de Lola Busuttill: su sólida competencia en varios idiomas y su amplia trayectoria como traductora resulta

crucial para ayudarnos a mejorar la versión en español de *Diálogo Global*.

Participar en la revista ha sido muy enriquecedor, tanto para desarrollar y ejercitar las habilidades de traducción

como por la posibilidad de acceder a una inmensa variedad de problemáticas y contextos sociales. *Diálogo Global* nos ayuda a conocer mejor nuestro mundo y expandir así nuestra imaginación sociológica.



Juan Ignacio Piovani es profesor de Metodología de la Investigación Social en el Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata e investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET, Argentina). Obtuvo una maestría en Métodos de Investigación Social y Estadística en City, Universidad de Londres (Reino Unido) y un doctorado en Metodología de las Ciencias Sociales en Sapienza – Universidad de Roma (Italia). Realizó un posdoctorado en Ciencias Sociales en la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina) y una estadía posdoctoral en el Programa de Posgrado en Sociología y Antropología de la Universidad Federal de Rio de Janeiro (Brasil). Por muchos años realizó investigaciones sobre la historia y los fundamentos de los métodos sociológicos. Desde 2011 dirige el Programa de Investigación sobre la Sociedad Argentina Contemporánea (PISAC), una iniciativa que articula distintos proyectos e involucra a 50 facultades de ciencias sociales de todo el país.



Pilar Pi Puig estudió sociología en la Universidad Nacional de La Plata (Argentina) y es actualmente estudiante doctoral en Ciencias Sociales en la misma institución. Su investigación se inscribe en la sociología ambiental y sus temas de interés son el ambiente, la pobreza y la desigualdad en contextos urbanos. Trabaja en el Departamento de Sociología, donde participa en diversos proyectos de investigación sobre cuestiones teórico-metodológicas en estudios de pobreza y desigualdades. También participa en proyectos de extensión universitaria en un barrio periférico de la ciudad de La Plata y en distintas actividades de intercambio con colegas de la Universidad de Wuppertal (Alemania).



Martín Urtasun estudió sociología en la Universidad Nacional de La Plata (Argentina), donde cursa actualmente un doctorado en Ciencias Sociales, con una beca otorgada por el CONICET. Martín investiga las actuales políticas públicas de seguridad “preventivas” basadas en dispositivos tecnológicos, particularmente los sistemas de video-vigilancia urbana. Desarrolla un abordaje etnográfico desde una perspectiva informada por las sociologías pragmáticas y los estudios en ciencia, tecnología y sociedad. También se interesa por la educación popular, y participa como profesor y militante en un Bachillerato Popular de adultos organizado por un movimiento social.

Dirigir toda la correspondencia a:

Juan Ignacio Piovani <juan.piovani@presi.unlp.edu.ar>

Pilar Pi Puig <pilarpipuig@gmail.com>

Martín Urtasun <martinjurtasun@gmail.com>